LOS HOMBRES de la historia 48

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Carlos V

Centro Editor de América Latina



Fernand Braudel

LOS HOMBRES *de la historia* 48

En la noche del 24 al 25 de febrero del año 1500, nació en Gantes el futuro Carlos V. Poco más de medio siglo después - el 21 de setiembre de 1558 -, moría en Extremadura después de una vida larga y gloriosa.

Vibrante testimonio de la primera mitad del siglo XVI, se destaca al mismo tiempo por sus sueños y sus actos, sus pensamientos y sus contradicciones, que son la prueba de su vitalidad.

Llevado a la cumbre del poder en el escenario político de su época, no es sólo su herencia múltiple la que lo empuja; la vocación imperial es una resultante de la coyuntura que plantea el siglo, de un momento que se ubica bajo el signo de una política grandiosa y que lo hace, porque está en condiciones de permitirse este lujo peligroso e ilusorio.

Pero la historia de Carlos V no se entiende del todo si sólo se toma en cuenta su actuación europea. Es preciso tener claro además, que más allá del Atlántico existe un Nuevo Mundo conquistado por España.

Aquella inmensa América de los conquistadores españoles, desde California a Chile y al Río de la Plata, no existía cuando Carlos recibió los reinos de la península; se fue constituyendo entre tempestades y movimientos que él debió arbitrar durante su largo reinado. Esta relación entre España y América, forzosamente dará nuevas dimensiones al imperio y, de algún modo, la América nueva encuentra su papel en el juego del emperador y en las luchas europeas que lo acompañan.

Por la complejidad y multiplicidad de acontecimientos que protagonizó, toda la actividad de Carlos V hace pensar en un largo y difícil partido sobre el tablero del mundo y cuyo juego, el emperador nunca pudo dirigir como quería. Sin embargo, un hecho es indiscutible: su "imperio" lo sobrevivió, transformándose y corriéndose hacia occidente y hacia la inmensidad del Atlántico.

Figura extraordinaria de su tiempo, el personaje en sí, es difícil de aprehender en su verdadero espíritu, más aún si se piensa en su retiro al término de su vida. De todas maneras, cualquiera sea el secreto, nada más lúcido, nada más hermoso que este final voluntario, preparado, aceptado con coraje, con simplicidad y grandeza de espíritu.

Títulos ya publicados y que completan volúmenes de esta colección:

La civilización de los orígenes (*): Homero, Buda, Ramsés II, Solón, Moisés, Confucio.

Cristianismo y Medioevo (*) Carlomagno, Mahoma, Francisco de Asís, Marco Polo, Abelardo, Tomás de Aquino, Dante.

El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (*) Lincoln, Darwin, Courbet, Dostoievski, Nietzsche, Wagner.

El siglo XIX: La revolución industrial (*) Freud, Van Gogh, León XIII, Ford, Tolstoi, Bismark.

El mundo contemporáneo (*) Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin, Picasso

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli.

48 Carlos V Del Humanismo a la Contrarreforma
Este es el cuarto fascículo del tomo Del Humanismo a la Contrarreforma.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Del Humanismo a la Contrarreforma, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 48:
Shark:
Boudot-Lamotte:
Zennaro:

Traducción de Susana Bahamonde

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223 Buenos Aires, en abril de 1969

Carlos V

Fernand Braudel

1500
En la noche del 24 al 25 de febrero nace Carlos, en Gantes.

1506
Muere el padre de Carlos, Felipe el Hermoso.

1515
El 2 de enero se proclama en Bruselas la mayoría de edad de Carlos.

1516
El 23 de enero muere el abuelo, Fernando el Católico, rey de España.
El 23 de marzo Carlos es proclamado rey de España.

1517
El 9 de setiembre abandona los Países Bajos para dirigirse a España.

1519
El 12 de enero muere su otro abuelo, Maximiliano de Habsburgo.
El 28 de junio Carlos V es elegido Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

1520
Se abren las Cortes de Santiago (La Coruña): es el 31 de marzo.
Entre mayo y julio se inicia el levantamiento de los Comuneros.
El 22 de octubre Carlos V es coronado en Aix-la-Chapelle.

1521
Comienza en marzo la primera guerra con Francisco I.
El 18 y el 19 de abril se presenta Lutero ante la Dieta de Worms, provisto de un salvoconducto del Emperador.
El 23 de abril los Comuneros son aniquilados en el encuentro de Villalar.
Hernán Cortés conquista Méjico.

1522
29 de abril: los franceses sufren la derrota de Bicoca.

1522-1529
Carlos V permanece en España.

1523
Traición del condestable de Borbón.

1525
El 27 de febrero los españoles derrotan a los franceses en la decisiva victoria de Pavía.

1526
El 14 de enero se firma el tratado de Madrid, entre Francia y el emperador.
El 10 de marzo Carlos V se casa con Isabel de Portugal en Sevilla.
En mayo se organiza la liga antiespañola de Cognac entre Francisco I, el Papa, los venecianos y distintos príncipes italianos.

1528
Agosto: derrota de Lautrec en el mar frente a Nápoles.

1529
Marzo-abril: se reúne la Dieta de Spira.
El 19 de abril es presentada la protesta de los príncipes luteranos —los primeros "protestantes"— contra la decisión de la Dieta.
3 le agosto: tratado de Cambrai.
21 de setiembre - 16 de octubre: el Turco en las puertas: Solimán asedia Viena.

1530
22 y 24 de febrero: el papa Clemente VII corona al emperador en Bolonia, con la corona de hierro de Italia y la corona de oro del Imperio.
De junio a noviembre tiene lugar la Dieta de Ausburgo.

1533
Toma de Cuzco por parte de los españoles.

1535
Fundación de Lima, la nueva capital del Perú.
Junio: Carlos V toma Túnez.

1536
Los franceses ocupan Saboya y Piamonte.
El 17 de abril Carlos V habla en Roma.
2 de junio: estalla la tercera guerra entre Francia y el imperio de Carlos.

1538
17 de junio: tregua de Niza.
El 14 de julio, encuentro de Aigues Mortes.
27 de setiembre: batalla de La Prevesa.

1538-1540
Guerra entre los turcos y Venecia.

1540
El 1º de enero Carlos V se dirige, por primera y única vez, a Francia, a París.

1541
En octubre, los españoles envían una expedición armada contra Argelia.

1542
El 12 de julio comienza la cuarta guerra franco-imperial.

1543
6 de setiembre: toma de Niza.

1543-1544
La flota turca, que había acudido en ayuda de los franceses, inverna en Tolón, evacuada por los habitantes.

1544
18 de setiembre: Carlos V y Francisco I concluyen la paz de Crépy-en-Lannois.

1547
El 24 de abril Carlos V y el comandante del ejército imperial, el duque de Alba, logran una aplastante victoria contra los príncipes alemanes, en Mühlberg.

1548
15 de mayo: *Interim* de Ausburgo.

1552
El 15 de enero se firma el tratado de Chambord entre el nuevo rey de Francia, Enrique II, y los príncipes protestantes alemanes.
19 de octubre - 26 de diciembre: asedio de Metz.

1554
El 25 de julio Felipe de España, hijo de Carlos, se casa con María Tudor.

1555
El 25 de setiembre se firma la paz de Ausburgo. Un mes más tarde, Carlos V abdica el gobierno de los Países Bajos.

1556
El 15 de febrero se concluye la tregua de Vaucelles y el 28 de agosto Carlos V se embarca en Flandes rumbo a España.

1558
Muere Carlos V en su último refugio de Yuste.

El futuro Carlos V nació en Gantes en la noche del 24 al 25 de febrero de 1500, en el Prizenhof, palacio hoy destruido. El pequeño era hijo de Felipe el Hermoso, a su vez hijo de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña, y de Juana la Loca, una de las hijas de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. "El tan deseado y propicio nacimiento del ilustrísimo infante Carlos de Austria", como escribe un libelo impreso en aquel año en Valenciennes, dio lugar, en el momento de su bautismo, el 7 de marzo, a grandes festejos; segundo hijo, Carlos era sin embargo el primer heredero varón de la familia principesca de los Países Bajos.

Así comenzaba una vida que sería prodigiosa. Había transcurrido un medio siglo largo cuando el viejo emperador moría, el 21 de setiembre de 1558, en la augusta residencia que había hecho construir en el convento de los Jerónimos de San Yuste, en Extremadura, adonde se había retirado a comienzos del año anterior. Por cierto una larga vida y una vida gloriosa. Larga, al menos según la duración relativamente breve de la vida en aquel siglo, sobre todo aquélla de los hombres de guerra, como Carlos V, minados antes de tiempo por los sinsabores y las asperezas de las campañas militares. Gloriosa, ésta nos asombra aún, así como asombró a sus contemporáneos, amigos o enemigos. Es, por cierto, un vibrante testimonio de esta primer mitad del siglo XVI, al que domina desde lo alto de su patrimonio y de su novedad, de sus sueños y de sus acontecimientos, de sus pensamientos y de sus contradicciones, que son la prueba misma de su ardor de vida.

Un destino que no es fruto de la casualidad

La casualidad y solamente la casualidad —fuerza ciega—, ha dispuesto, se dice, esta espléndida fortuna política y principesca. En 1506, la muerte prematura del padre en España, en Burgos, lo convierte en heredero de los Países Bajos. Desde entonces reina allí, bajo la tutela de la tía, la incomparable Margarita de Austria, hasta que el 2 de enero de 1515 es proclamado mayor de edad en la Sala de Estado de la Corte de Bruselas. Poco después, en enero de 1516, moría Fernando el Católico: dejaba a su nieto todos los reinos de España: los de la corona de Aragón, de la cual era heredero directo y los de Castilla, que administraba después de haber apartado del gobierno a la hija Juana, más tarde llamada Juana la Loca.

Esta enorme herencia comprendía, además, los reinos de Sicilia, de Cerdeña, algunas factorías sobre la costa de África del Norte y todo lo que Castilla ocupaba ya en América —las "Indias de Castilla"—, antes de las vastas conquistas de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro y Almagro, así como algunas guarniciones en las Antillas y sobre el istmo de Panamá. Carlos de Gantes fue así proclamado el 23 de marzo de 1516 en Bruselas, en la iglesia de Santa Gudula, rey de España. Desde este momento es Carlos I. Transcurren apenas tres años: Maximiliano, emperador de Alemania (o más exactamente rey de los romanos, ya que no fue coronado nunca por el Papa), muere a su vez el 12 de enero de 1519. Carlos de España hereda los estados austríacos, el *Erbland*, y casi inmediatamente propone su candidatura a la sucesión imperial: será él y no Francisco I quien logrará la victoria del 28 de junio. La noticia alcanzó al joven emperador en Barcelona, en la noche del 6 al 7 de julio: considerando el estado de las comunicaciones en aquel entonces, puede decirse que llegó volando.

Es evidente que en todos estos acontecimientos la casualidad jugó un papel preponderante. La suerte de Carlos está hecha de toda una serie de circunstancias fortuitas. Es en efecto un caso singular que el hijo único de los Reyes Católicos, Don Juan, haya muerto en 1497 sin dejar herederos (aunque casado con Margarita de Austria); es asimismo una casualidad que el nuevo heredero de las coronas de Castilla, de Aragón y de Portugal, Don Miguel, reconocido por las Cortes de Castilla y Aragón —también él nieto de los Reyes Católicos—, haya muerto el día de San Juan de 1500, o sea algunos meses después del nacimiento de Carlos. También es una casualidad que a la muerte prematura de Felipe el Hermoso, se agregue la locura de su mujer que, internada en Tordesillas, no morirá hasta mucho tiempo más tarde, en 1555. En la corte de Fernando el Católico se pensó muy seriamente en donar los reinos de España a Fernando, hermano de Carlos, que llevaba el mismo nombre del aragonés y había sido educado en la península. Finalmente, el resultado de la elección imperial de junio de 1519 habría podido ser diferente si Francisco I no hubiera sido tan presuntuoso, si los Fugger y el capitalismo internacional no hubieran apuntado a "Austria".

Sin embargo, no diremos que el fenómeno Carlos V se resuelve sin más ni menos a la luz de este conjunto de circunstancias. *En primer lugar*, en el vasto tablero de la Europa política, los Reyes Católicos habían seguido con encarnizado método el juego de los matrimonios principescos. Sus cinco hijos (un hijo y cuatro hijas), dan lugar a seis matrimonios importantes: dos con los sucesivos herederos de Portugal, dos con los herederos del trono inglés, dos con la Casa de Borgoña. Todos fueron concertados para facilitar por un lado la unidad de la península ibérica y por el otro el cerco de Francia, peligrosamente cercana a los Países Bajos y a Italia, y después de setiembre de 1494, a continuación del descenso de Carlos VIII más allá de los Alpes, candidata a la hegemonía europea, a la "monarquía universal", como se dirá bien pronto. Es justamente este juego, consciente y para nada frívolo, el que ha creado para Carlos V la posesión de aquellos principados, de aquellas soberanías, de aquellos Estados que es necesario enumerar (y son más de setenta) cuando se lo quiere nombrar con exactitud. Matrimonios, herencias, derechos dinásticos, dominaban entonces la Europa principesca y política. Es imposible pensar a Carlos V fuera de su familia, de los innumerables derechos que ésta había conquistado y pretendía mantener. Sus reivindicaciones sobre Borgoña, en 1526, corroboran esta práctica: no desea renunciar a los derechos que derivan de Carlos el Temerario y de sus antepasados, sepultados en la Certosa de Champmol o de Dijón. Para lograr esto pondrá de su parte un encarnizamiento sentimental.

En segundo lugar, el final del siglo XV había señalado el surgimiento de las monarquías modernas: el Aragón de Juan II, luego de Fernando el Católico, la Castilla de Isabel, la Francia de Luis XI, la Inglaterra de los Tudor... Pero el siglo XVI habría de desarrollarse bajo la égida de los imperios. Los economistas hablan a menudo, para un lugar y una coyuntura determinada, de empresa de dimensiones óptimas. Digamos entonces que con el siglo XVI se llega a la superación de las pequeñas unidades políticas; éstas están destinadas a desaparecer. Tomemos el caso ejemplar del reino de Nápoles, a fines del siglo XV y durante los primeros años, dramáticos, del siglo XVI. Demasiado pequeño para sobrevivir, está destinado a ser presa de los turcos, o de los franceses o de España, según fueran las necesidades de Aragón que aliándose a Castilla, no dudará, después del acuerdo con Francia, en derribar al aragonés de línea bastarda que reina en Nápoles...

Por otra parte, el primero de estos nuevos imperios no pertenece al ámbito de la Cristiandad: es el imperio de los otomanos, que no cesa de expandirse después de la toma de Constantinopla (1453), apoderándose de Siria (1516), de Egipto (1517), de Belgrado (1521), de Rhodas (1º de enero de 1523), de Hungría (1526-1541). El viejo libro de Leopold von Ranke tiene un título significativo: *Die Osmanen und die spanische Monarchie* (Los Otomanos y la monarquía española, 1837), que subraya el paralelo entre el empuje expansionista de los dos colosos políticos, uno al este del Mediterráneo y el otro al oeste; de un lado los otomanos, del otro los Habsburgo. Más tarde, en 1519, se plantea el problema de saber cuál de los dos intentará, o podrá intentar dominar Europa. Pero es seguro que de una u otra manera, esta experiencia se llevará a cabo, que es ineludible que se lleve a cabo. No es su patrimonio múltiple



1. *Cranach: Carlos V y Juana la Loca* (Snark).

el que empuja a Carlos V hacia este camino difícil. La vocación imperial es una resultante de la coyuntura que plantea el siglo, de una época que se ubica bajo el signo de una política grandiosa, y que lo hace porque está en condiciones de permitirse este lujo peligroso e ilusorio.

Carlos V: ni una idea imperial ni una política sin alternativas

No se puede reducir la política de Carlos V a líneas simples. El mismo, por sus orígenes, por su acción, es un personaje extremadamente complejo. Creció en los Países Bajos, en un nudo crucial de Europa. Fue trasplantado a España en 1517; se aclimatará poco a poco, después de largas estadías en Italia, en Alemania. En consecuencia, adquiere inclinaciones y gustos contradictorios. Sus contemporáneos se preocuparon demasido por juzgarlo y por hacerse eco de palabras cuya veracidad es, por otra parte, bastante dudosa. Era tan joven cuando apareció por primera vez en la escena política, que hubiera sido natural para él contemporizar sin prejuzgar nada. Sobresalen, al contrario, su primera timidez, sus primeras irresoluciones, su desconcertante aspecto de adolescente. "Si no fuera por su amor a la caza —habría declarado el abuelo Maximiliano—, pensaría que Carlos es un bastardo". Un campesino español que lo verá con la boca abierta (tiene la mandíbula prominente de los Habsburgo y cierra la boca con dificultad) le grita: "¡Atención, Sire, que las moscas son insolentes!"

Se lo ha descripto a completa merced de sus consejeros. Tanto más cuanto Carlos sabe escuchar, meditar los argumentos ajenos y ha tenido la suerte de tener a su lado consejeros de valor. De ahí a no reconocer en él más que la sombra proyectada de estos grandes hombres (un Adriano de Utrecht, que fue su preceptor y sucederá a León X en el trono de San Pedro en 1522, un Chiévres que fue su instructor, un Mercurino Gattinara, su gran canciller), no hay más que un paso, el cual fue dado con ligereza.

Puede suponerse que Carlos no haya pensado ni actuado en primera persona. Pero hay pruebas evidentes y precoces de su firmeza, ya sea en lo que respecta a la hermana mayor, Eleonora, en 1517, ya sea en 1522, cuando prepara en francés (su lengua materna) la patética respuesta al Reichstag, que había admitido en su presencia a Lutero. Él escribió solo este documento esencial.

Por otra parte, sus primeros consejeros son viejos: Adriano, nacido en 1459, muere en 1523; Chiévres, nacido en 1458, muere en 1521; el piamontés Gattinara, nacido en 1465, muere en 1530. Carlos los sobrevivirá a todos, siempre rodeado por consejeros (el duque de Alba, Perrenot de Granville y su hijo, el obispo de Arras, Francisco



1



2

de los Cobos): ¿cómo podría, él solo, asumir el enorme trabajo burocrático que implica el gobierno de tantos estados? A estos consejeros, sobre todo en su madurez, los tiene a distancia, los juzga cuando es el caso, los soporta en función de los servicios que le prestan. Francisco de los Cobos que permanecerá junto al emperador desde 1520 hasta su muerte en 1547, tiene el mérito de ser un sagaz ejecutor y adivinar las intenciones apenas expresadas de su señor. Y más aún, más que sus consejeros, ¿no son acaso los acontecimientos los que a menudo le han sugerido sus actitudes? No quiero decir con esto que no haya habido en Carlos V prejuicios o líneas de conducta definidas: su ansia de gloria, del deber a cumplir, la defensa apasionada de su familia, las exigencias impuestas a ésta para que también obedezca, sirva, se sacrifique así como lo hace él mismo. Pero en lo profundo de una existencia agitada, siempre difícil, Carlos es víctima del perpetuo torbellino de la gran historia que lo condena a la solución del momento, al compromiso inevitable y necesario. Considerémoslo perplejo, desesperado por la falta de dinero, mientras redacta una larga nota, que hemos conservado, de los últimos días de febrero o de los primeros de marzo de 1525, cuando la fulgurante noticia de Pavía (24 de febrero de 1525) no había aún llegado a él. Tratemos ahora de no encerrarlo *a priori* en una línea de conducta netamente definida. ¡Le fue necesario cambiar de plan tantas veces! Es una vana controversia de historiadores discutir si la idea imperial de Carlos V fue de inspiración "laica" —si así se puede decir— y circunscripta a un simple deseo de hegemonía política, de acuerdo a los consejos, sugerencias y tomas de posición del gran canciller Mercurino Gattinara (idea dirigida por lo tanto a Italia, clave de la dominación del continente), o si era de inspiración religiosa, en este caso según la tradición vigorosa de los Reyes Católicos y los votos de España en favor de la lucha contra los infieles, desde África del Norte hasta el Levante.

Por un lado esto significaría seguir a Peter Raskow o a Karl Brandi, incomparables historiadores del emperador; por el otro escuchar a Ramón Menéndez Pidal, gloria de la erudición española y abogado apasionado. Por cierto, la idea de la cruzada se ha expresado con fuerza y violencia en España, ya que no siempre con sinceridad incorrupta. "Yo soy el moro contra el cual combate el rey de Aragón", decía Luis XII de Fernando el Católico. ¿Pero se puede aceptar como definitorios estos *slogan* de propaganda y contrapropaganda de entonces? Sería como si hoy se definieran las orientaciones políticas en base a las declaraciones públicas de sus responsables. En efecto, la política del emperador es, como toda política, susceptible de varias interpretaciones y es inútil querer contraponerlas o tratar de conciliarlas, o rechazar una en nombre de las otras. Cada una puede ser verdadera o falsa o ambas cosas al mismo tiempo.

Así el obispo Mota, en las Cortes de Santiago, en 1520, define en presencia de Carlos V y de este "parlamento" convocado en el extremo de la península, las concepciones que tiene el monarca español acerca del papel que está por asumir con el título de emperador: para el obispo que habla en nombre del soberano, éste no ha aceptado la áurea corona imperial más que "para desviar grandes males de nuestra religión cristiana" y luchar contra los infieles. Éste es el obstinado consejo de España a su rey. Más tarde, sin embargo, es otro el consejo que le da Gattinara, el piamontés: *"Non solum regna ac dominia hereditaria servare, sed etiam maiora consequi ipsumque imperium augere"* ("No sólo conservar los reinos y los dominios, sino también conseguir los mayores [dominios y reinos] y aumentar el ámbito mismo del poder"). Aquí se pone el acento sobre la idea imperial, como en la memoria de 1522, en la cual Gattinara habla de Carlos como del "príncipe más grande de los cristianos" que "debe ser el monarca del mundo". Pero, ¿acaso es necesario tomar estas palabras al pie de la letra? El discurso del obispo Mota tiene un objetivo preciso: obtener subsidios, y nada nos garantiza que éste exprese el pensamiento real del soberano. En cuanto a Gattinara, las expresiones que hemos anotado se encuentran, la primera en sus *Memorias* y la segunda en un informe destinado solamente al soberano. Pero aun en este caso no hay un diálogo: Carlos V escucha pero no responde.

Pero es él quien habla, por el contrario, en primera persona y de sí mismo, en el orgulloso discurso del 17 de abril de 1536, en Roma, después de su regreso triunfal de Túnez: "Algunos dicen que yo quiero ser Monarca del Mundo y mi pensameinto y obras muestran que es lo contrario . . . mi intención no es hacer la guerra con los cristianos, sino contra los infieles y que Italia y la Cristiandad estén en paz y que posea cada uno lo suyo". Todo el largo discurso fue pronunciado por el emperador en español, ante el papa Pablo III en el Sacro Colegio, acompañado de un larguísimo séquito. ¿Por qué en español? ¿Para atacar violentamente al rey de Francia? Hablando mal el italiano, debió recurrir a la lengua castellana, que domina con desenvoltura y brío. Sin embargo, ¿es razonable separar de este largo discurso las palabras incisivas que hemos anotado siguiendo a Ramón Menéndez Pidal y que aisladas adquieren semejante relieve?

En efecto, Francisco I, una vez ocupada Saboya y el Piamonte, se dirige a Milán, presa ambicionada y de difícil conquista. El problema, para Carlos V, es subrayar la

felonía de Francisco I, perjuro una vez más, y su ambición ilimitada. Cuenta con mantener Italia y el Papado en paz bajo la retaguardia, con lo cual se lanza hacia Provenza. Su invasión se detendrá muy pronto: era más fácil conquistar la Goletta y Túnez en la llanura que Marsella encastrada sobre las colinas y enérgicamente defendida por la artillería. Pero Carlos V no prevé este resultado. "Si fuera el rey de Francia —declaraba al partir—, comenzaría a rendirme, con las manos juntas y la soga al cuello". Es el lenguaje del más fuerte, el que no le perdonarán ni Europa, ni la Francia del Cristianismo, ni el Turco de Constantinopla.

Resulta claro cuál es el contexto del vehemente discurso de Roma. En todo esto hay mucho artificio y al mismo tiempo sinceridad y una emoción real. Pero de aquí a pensar que Carlos V esté constantemente prisionero de la idea de la cruzada, hay una cierta distancia. El mismo hombre que lucha contra el Turco ante Viena en 1529, que toma Túnez en 1535, que arriesga su vida y sus bienes en la infortunada expedición de Argelia (1541), no es por cierto extraño a una activa política de cruzada, pero no es prisionero incondicional de ésta. Es capaz de sacrificarla a las conveniencias, a pesar de lo que dice o de lo que se ve obligado a decir. En efecto, la tradición hace de la cruzada la política por excelencia de la cristiandad: quien dirige la primera, dirige la segunda, ocupa el primer lugar, o cree ocuparlo. Afirmar como lo hace Menéndez Pidal que este lenguaje es el de un hombre que ha sido conquistado por España, sometido a su ley, a su lenguaje, a la defensa de sus intereses y de sus pasiones, es por cierto muy exagerado. Su primera estadía en España (1517-1520) fue más bien una experiencia que le sirvió para conocer el descontento de sus nuevos súbditos. Apenas los había dejado, en mayo de 1520, cuando las ciudades de Castilla se sublevan. Revolución equívoca, brusca, rápidamente dominada (batalla de Villalar, 23 de abril de 1521), pero signo evidente de una abierta hostilidad contra el soberano. Esta fractura inicial se disipará después de la segunda estadía de Carlos en España (1522-1529).

Pero la hispanización del imperio de los Habsburgo será progresiva. Se concreta poco a poco, gracias al vigor de Castilla, sostenida por las inmensas fortunas americanas. Con los "tesoros" de América, toda la vida europea recibe un nuevo impulso, suben los precios y con éstos los ingentes gastos de guerra. En el enorme imperio de Carlos V no habrá más que un tesoro, una economía vigorosa que se extiende de Sevilla a Madrid y que se continúa difundiendo a través del mundo. Los balances de todos los otros estados de Carlos estarán en déficit, con la excepción de Castilla, corazón exclusivo del Imperio. Pero esta geometría artificiosa no se afirma hasta 1552 y concierne mucho menos a Carlos V que a Felipe II, cuyo vasto imperio trasladará su centro vital hacia el Océano Atlántico. Del padre al hijo, podemos decir, se pasa a otro tiempo, a otro imperio, a otra física, a otra ideología política.

El sueño de una Francia imperial (1522-1529)

Carlos no está solo en la vasta escena europea. Cuando comienza su vida política, el primer puesto lo tiene todavía Francia, que se esfuerza por realizar la monarquía universal y por lo tanto por conquistar Italia, o sea la región decisiva del continente, ya sea por su riqueza como por la presencia del Papado romano. El acto decisivo, por sus consecuencias, es la partida de Carlos VIII a Italia, en setiembre de 1494. El fraccionamiento, la debilidad política de la península, desencadenan sobre ella la larga tempestad de las llamadas guerras de Italia; en realidad, guerras por el dominio de toda Europa.

El viaje fácil de Carlos VIII hasta Nápoles, su pasaje a Roma donde Alejandro VI tiembla de miedo, su entrada triunfal en Nápoles como rey de Francia, de Sicilia y de Jerusalén ("ha usado las enseñas imperiales; en la mano izquierda lleva el orbe, y sobre la cabeza una rica corona de oro a la manera imperial"): he aquí a quien, favorecido por la simpatía italiana, encarna una prodigiosa política francesa que atraviesa de un solo golpe el Mediterráneo hasta Rhodas, donde siembra la confusión entre los Caballeros, hasta Jerusalén y Constantinopla. Sueños, quimeras; es posible, pero hacen pensar que el joven rey aspira a la corona imperial, el primer puesto en la Cristiandad. Maximiliano difundirá la acusación con encarnizamiento, aún después de la derrota de Carlos VIII y su muerte, cuando Luis XII lo habrá sucedido en el trono de Francia. Y Fernando el Católico, en 1510, en una carta al virrey de Nápoles, repite también que Luis XII aspira a la monarquía universal, a tiranizar a los demás, a apoderarse de las tierras de otros príncipes sin tener el más mínimo derecho a ellas. Después se sucederán las derrotas, los retrocesos de los últimos años de Luis XII. Pero el 13-14 de setiembre de 1515 Mariñán renueva de un solo golpe, con la supremacía de Francia, todas las sospechas. Francisco I ha ocupado de nuevo Milán y con esto quedan truncos los vínculos continentales de Italia con Alemania (o poco falta para ello) y con Francia. Al año siguiente, la firma del Concordato, en Bolonia, con el Papa León X, sella esta preponderancia. Porque en esta lucha por la dominación de Europa, enfrentar y someter al soberano pontífice es una manera de conquistar el primer lugar, como en los lejanos tiempos de la lucha entre Iglesia e Imperio.



3

1. *Juana la Loca* (Snark).

2. *Felipe el Hermoso* (Snark).

3. *Carlos V en un dibujo del período de la Reforma* (Snark).



1



2



3

1. El breviario de Carlos V conservado en el museo del Escorial en Madrid.

2. La sala del trono de Carlos V reconstruida en el Escorial.

3. *Cranach:* Caza en honor de Carlos V (Snark).

4, 5, 6. Jueces oficiales y dignatarios de la Corte de Carlos V, de un Libro de Religión del Emperador (Snark).



4



5



6

Es posible imaginar retrospectivamente un "imperio" francés de ambos lados de los Alpes, centrado en Lyon, cuya fortuna comenzó con el reinado de Luis XI. El fuerte movimiento de ascenso de Francia está recorrido por hombres de iniciativa y sustancia. Un poco rústica y retrasada, "subdesarrollada", diríamos hoy, se presta tanto mejor por ello como campo de acción para los hombres de negocios de Italia, milaneses, lucenses, genoveses v, sobre todo, florentinos. Éstos aportan al gran país vecino su experiencia, sus capitales, los productos de sus industrias, además de las especias de Levante. Un economista de hoy imaginará lo que la iniciativa italiana habría podido crear entonces.

Ahora, Carlos V y Europa, repito, la *Europa*, quebrantan, desde la entrada en escena de los Habsburgo, este éxito imperial de Francia —posible si no real— que hemos esbozado. La elección de junio de 1519 en favor de Carlos marca, en cierto modo, el triunfo de la finanza internacional dominada por los Fugger y los Wesler de Ausburgo, en cuya línea se mueven algunos florentinos y genoveses. Y es también la prueba de que el capitalismo internacional tiene entonces sus polos decisivos, además de Italia, en Ausburgo —cuyos mercaderes son propietarios a la vez de las minas de plata de Europa central y de los Alpes— y en Amberes, que centraliza todo el poder de los Países Bajos, centro del poder de Carlos. Sin embargo, esta primera derrota no ha abatido el orgullo y la confianza de los franceses, que gritan tan fuerte y amenazan tanto, hacen tal despliegue de fuerzas y dinero, que después del encuentro de *Camp du Drap d'Or* el prudente Enrique VIII y su consejero Thomas Wosley se deciden, en nombre del equilibrio de poder, a favor de aquel a quien consideran más débil, Carlos V, contra el más fuerte, Francisco I. Otro indicio: el mismo Papa, León X, se alinea contra los franceses.

El conflicto, iniciado en 1521, acarreará una serie de reveses y derrotas a los mercenarios de Francia. Las armadas imperiales están mejor conducidas, mejor armadas (utilizan de manera masiva, diría con alguna exageración, el arcabuz); la diplomacia de los Habsburgo que envuelve a Francia en sus redes, es lenta, pero suple su lentitud con su evidente eficacia; sabe prever, utilizar las traiciones y constituye, a su modo, un sorprendente *Servicio de Inteligencia.* Obsérvese cómo sacó partido de la desesperación del Condestable de Borbón.* Militarmente, todo se resuelve como un rayo el 24 de febrero de 1525 en el campo de batalla de Pavía, en menos de una hora. Han perdido Milán, el rey de Francia está prisionero. Bien conocidas son las consecuencias políticas del desastre: el rey de Francia, para reconquistar su libertad, estipula la desastrosa paz de Madrid (13 de febrero de 1526), renuncia a Italia, cede Borgoña, promete desposar a Isabel, hermana mayor de Carlos V, viuda del rey de Portugal, ya prometida al Condestable de Borbón. El prisionero, que queda vigilado, se encuentra el 17 de febrero con su futura consorte: ella cae de rodillas ante él, él la levanta y la besa en la boca, según la costumbre cortés de la Francia de aquella época.

Los acontecimientos posteriores no son menos conocidos. Francisco I es liberado, falta a la palabra dada, no cumple con las cláusulas del tratado, no cede Borgoña, retoma la lucha, y esta vez el equilibrio europeo juega a favor del vencido. La Liga de Cognac (2 de mayo de 1526) le otorga el apoyo de Inglaterra, del Papado, de Francisco Sforza (restablecido en el ducado de Milán), de Florencia, de Venecia. "Yo no reclamo dinero a vuestro rey . . . —grita colérico Carlos V a los enviados de Francisco I—, reclamo que el rey cristianísimo mantenga su palabra . . ." Pero éste no la mantendrá. En 1527, el saqueo de Roma será el espantoso castigo del pontífice Clemente VII; en 1558 la armada francesa de Lautrec, una vez atravesada Italia, llegará hasta Nápoles pero será diezmada por el tifus y el príncipe Andrea Doria abrazará la causa imperial levantando el bloqueo marítimo de la ciudad. El desastre es entonces mucho más completo que en Pavía. Sin la ayuda de la flota genovesa, la marina francesa no puede hacer frente a las galeras imperiales . . . Algunos años más tarde le será necesario recurrir a las flotillas otomanas para evitar una inferioridad catastrófica.

Francia perdida y salvada

Esta segunda derrota del poder francés lleva a la paz de Cambrai o "Paz de las Damas" (3 de agosto de 1529), no sin dificultad, a pesar de la buena voluntad de las dos princesas que la negocian, Luisa de Saboya, madre de Francisco I, y Margarita de Austria, tía de Carlos V, regente en su nombre de los Países Bajos. Lo esencial es esto: Francisco I renuncia a Italia y abandona a ssu aliados, inclusive Venecia; Carlos V renuncia a Borgoña y al sueño de constituir un imperio continental hasta el corazón de Europa.

Sin embargo Italia le pertenece y Carlos se muestra como un vencedor moderado. Desembarcó en Génova el 12 de agosto de 1529. En el mes de febrero de 1530 el papa Clemente VII lo coronó emperador en Bolonia. ¡A menos de quince años del Concordato estipulado entre el papa León X y Francisco I, en la época de triunfante juventud, la situación se ha dado vuelta! Es cierto que Francisco I y Carlos V recomenzarán aún dos veces la lucha, de 1536 a 1538 y de 1543 a 1545. Los manuales de historia enumeran, antes de la muerte de Francisco I (1547) cuatro guerras entre los dos adversarios. Pero en realidad todo había quedado regulado en sustancia por los dos primeros encuentros y tal vez no sea necesario exagerar el triunfo de Carlos V, tantas veces subrayado: en 1529 se llega a un equilibrio del cual ni uno ni otro contendiente podrá apartarse.

Se establece que Francia no consentirá lo que los historiadores llaman la "preponderancia" y los contemporáneos, en sus polémicas, la "monarquía universal". Francisco I será "emperador en su reino", según la definición de sus juristas, y no fuera de éste. Y he aquí la dimensión de la potencia francesa por más de un siglo, hasta Luis XIV. Por el otro lado, Carlos V no ha podido suprimir el enorme obstáculo que significa Francia, cuyo territorio, relativamente inmenso en la escala del tiempo, está en el centro del conjunto de sus posesiones, interrumpiendo así su continuidad. Si Carlos V delega poder en los miembros de la propia familia: los Países Bajos a la tía Margarita hasta 1530 (fecha de su muerte), y luego a su hermana tan dotada, María de Hungría (la viuda de Luis, rey de Hungría, quien encontró la muerte en el campo de batalla de Mohacs, el 29 de agosto de 1526, contra los turcos); si cede toda la propiedad del *Erbland* a su hermano Fernando y lo hace nombrar Rey de los Romanos (1530), es decir, su representante en Alemania, es porque tenía dificultades para pasar de uno a otro de sus estados. Sus viajes son expediciones, tanto más cuanto cada vez debe rodear Francia. En ocasión de la abdicación en Gantes, el 25 de octubre de 1555, hará el cálculo de sus numerosos traslados: "nueve en Alemania, seis en España, siete en Italia, diez en los Países Bajos, cuatro en Francia, ya sea en tiempo de paz como en tiempo de guerra, dos en África . . ." En realidad Carlos atravesó Francia sólo una vez, pacíficamente (diciembre de 1539-enero de 1540), en tiempos de la breve colaboración, bajo la responsabilidad de Ana de Montmorency; justo el tiempo de atravesar, de los Pirineos a la frontera de los Países Bajos, un país hostil, a pesar del esplendor y el fasto con que fueron acogidos para llegar a sofocar la revuelta de la población de Gantes (a quien también Francia ha traicionado). Después de esta única vez, Carlos V no podrá volver a utilizar la red de los caminos franceses. Dos veces atacará Provenza (en 1524 y en 1536) —la vía natural hacia Languedoc y España—, pero

* Aspirante a la corona francesa, traiciona a Francisco I y se alínea junto a Carlos a quien sirve como brillante hombre de batalla.



1

1. *Francisco Sforza, duque de Milán.*

2, 3. *Bajorrelieves del palacio de Carlos V en Granada, que representan escenas de la batalla de Pavía* (Boudot-Lamotte).

ésta le será negada, así como Borgoña, jurídicamente adquirida (1526) y luego perdida para siempre (1529). Evidentemente Francia, por su parte, aparece como una tierra asediada, y lo es. Pero es tan vasta, que la guerra no puede atacarla más que de modo periférico, epidérmico; salvo cuando el emperador —que había partido de los Países Bajos en 1544— se dirige a París y no se detiene sobre el Marne sino en las proximidades de Meaux. En realidad Francia aísla a los países que la amenazan de todas partes y no se sabría decir cuál es la situación más desfavorable: si hacer el bloqueo de Francia en el Milanesado, en el Franco Condado, en los Países Bajos, o sentirse aprisionado por esta vigilancia. En efecto, ambas situaciones tienen sus inconvenientes.

En todo caso Francia está al mismo tiempo perdida y salvada. Perdida en las esperanzas que han concebido sus gobernantes más que ella misma. Y salvada al mismo tiempo; los estudiosos piensan retrospectivamente que instalada a partir de 1536 en Saboya y en Piamonte —que abandonará en 1559— ha extraído algo sustancial de las guerras de Italia; todos pensarán que ante la prueba se ha mostrado más sólida y coriacea de lo que habían supuesto sus adversarios.

El lenguaje de Francisco I es el de los estados nacionales —egoístas— a los que Maquiavelo sigue ofreciendo sus enseñanzas, mucho después de su muerte. Carlos V vive en "otro universo", tradicional. Por otra parte, el equilibrio europeo sirve de contrapeso a la balanza, que de otra manera habría favorecido demasiado al emperador. El impulso turco, del cual hemos hablado, es también uno de los elementos de este equilibrio. Aun sin la sedicente alianza del Cruzado y de la flor de lys (1535) esta enorme fuerza se hubiera incorporado, sola y con la complicidad de otros que no fueran los franceses, al juego político que rige los destinos de Occidente, del mar Mediterráneo e incluso de todo el mundo. Porque poco a poco es el mundo entero, Europa junto con los otros continentes, el que se perfila en el horizonte de la política imperial. Una política que se extiende también al mundo entero.

El Mediterráneo: una derrota (1538)

La gran política, o mejor dicho la gran historia, ha sustraído a España la conquista del Mahgreb * que le resiste, más allá del Estrecho de Gibraltar. Ha sido la concurrencia de América, la concurrencia de las guerras de Italia, estas grandes luchas de prestigio las que han desviado de su destino tradicional a España más que a Francia. España —es cierto— se ha instalado sólidamente en algunos puntos del litoral africano: Melilla (1497), Mers el-Kébir (1506), Orán (1509), Argel (1510-1516), el Peñón de Argel (el escollo, pequeño islote que será mantenido hasta 1529 y que cierra y repara el puerto de Noroit, flagelo del Mediterráneo, sobre todo en invierno), Bona y Tripoli de Berberia (1510) . . .

Para poder hacer más, habría tenido que contar en el Mediterráneo con una considerable flota de galeras y de embarcaciones de carga. A partir de 1528 la secesión de Andrea Doria resuelve en parte el problema, pero entonces ya ha surgido el enorme peligro de la flota turca. Desde 1480 la toma y saqueo de Otranto habían revelado su fuerza, después de tantos combates anteriores contra Venecia. El acontecimiento esencial en este terreno es la liberación de Argel de la tutela española (1516) y su transformación, con Barbarroja, en capital activa de la piratería y pronto en receptáculo de los aventureros del Mediterráneo. Esta fuerza marítima del Islam deriva también de los éxitos continentales de los turcos (Siria, 1516; Egipto, 1517; Rhodas, 1522; Belgrado, 1521; Mohacs, 1526). Todo el Mediterráneo oriental está sometido, movilizado y, primero que todos, los griegos de las islas, estos marinos de siempre. A lo cual se agrega los brutales secuestros de marineros o soldados por parte del gobierno turco. La geografía sitúa obligatoriamente y por anticipado los campos de batalla previsibles y próximos, en la unión de los dos Mediterráneos, el oriental y el occidental, de las orillas de Djerba y de la Tripolitania a las de Sicilia y Grecia. Para el Islam, el punto más expuesto es la costa africana. Carlos V dirige hacia allí su expedición victoriosa contra Túnez (1535) y establece en la ciudad un príncipe que será destronado al poco tiempo, pero conserva la pequeña fortaleza de La Goletta. Hasta 1574 se sucederán en ella guarniciones españolas que irán a morir de hambre y de aburrimiento. Esta victoria fácil, de la cual los tapices de Jan Vermeyer evocan maravillosamente la atmósfera heroica y fastuosa, alimentó en el emperador el gusto por las expediciones marítimas. Por otra parte, el príncipe Andrea Doria desempeñó en esta conversión la parte principal. Túnez fue en realidad fuente de muchas ilusiones. En efecto, nadie hubiera podido solo hacer de contrapeso a la fuerza marítima del sultán. Había que lograr la coalición de la cristiandad entera. Y a esta cita faltaba obstinadamente la flota del Cristianísimo y, toda vez que fue posible, la flota de Venecia. La República de San Marcos sigue siendo en esta época la ciudad más rica de la cristiandad, aunque el Mediterráneo no sea más la única vía hacia Oriente y hacia las lejanas especias, después de la circunnavegación del Cabo de Buena Esperanza y los tráficos directos de los portugueses.

* Área musulmana de África.



2



3

Lisboa, Sevilla, Amberes, se han convertido en centros donde se recoge una nueva fortuna, en centros de un *new deal* del mundo. Pero las puertas del Levante no están cerradas; el enorme mundo turco progresa y Venecia sigue recibiendo de estos países mercancías, beneficios y vituallas a poco precio mientras vende en ellos una parte de su producción "industrial". Su sueño: no verse obligada a reemprender la lucha contra el portentoso adversario y privarse así del conjunto de ventajas derivadas del intercambio.

Pero este adversario tiene sus pasiones, sus furores, sus planes. En 1536 se abate sobre Venecia, la cual, a pesar de su desconfianza, se ve obligada esta vez a apoyarse en la flota de Carlos V. Durante dos años la Santa Liga ha tenido en jaque a la flota otomana comandada por Barbarroja, convertido en Kapudan Pacha, general del mar del Sultán. La diplomacia imperial procura, según su costumbre, corromper al corsario, seducirlo; se suceden infinitas tratativas cuyos documentos aún inéditos permanecen en los fondos de archivo. ¿Quién de los dos engaña? ¿O se engañan uno y otro, como es probable? De todas maneras, el 27 de setiembre de 1538, en el golfo de Arta, junto al litoral albanés, las dos grandes flotas se encuentran, en Prevesa. Encuentro decisivo al cual la historia se refiere muy raramente; decisivo porque sus consecuencias colman por entero el espacio marítimo. El resultado del encuentro es, en realidad, ambiguo. ¿Acaso en Prevesa el genovés Andrea Doria se ha mostrado receloso de los venecianos, obedeciendo a aquel viejo rencor que genoveses y venecianos llevan en la sangre? ¿Acaso se ha dejado seducir en coloquios secretos en los que Barbarroja pedía, a cambio de su eventual traición, la entrega de Túnez? En todo caso las armas cristianas no fueron utilizadas a fondo, Barbarroja no es cercado y el campo de batalla mismo es abandonado al infiel. Es cierto que conquistan Castelnuovo, en la desembocadura del golfo de Cattaro, pero la guarnición española que dejan allí sin recursos suficientes sucumbe a Barbarroja al año siguiente, resultado en sustancia análogo al breve episodio de la ocupación por los españoles, de 1533 a 1534, de parte de la costa del Peloponeso. ¿Tenemos razón al subrayar estos acontecimientos? Sí y no. No, si se trata de acontecimientos tomados en sí mismos; son realmente de poca importancia, pero sus consecuencias son muy graves. Venecia está extenuada por los gastos de guerra, descontenta por los rodeos de sus aliados, poco convencida de la determinación del emperador, el cual durante el invierno que sigue a Prevesa, ha prometido dirigir personalmente su flota contra los infieles. Al poco timpo, aprovechando la mediación francesa, Venecia estipula una tregua one-



1. *La batalla de Pavía en un tapiz del siglo XVI* (Snark).

rosa con el Turco, en octubre de 1540. Esta deserción es la que confiere a Prevesa el carácter de resonante victoria turca. Sin Venecia, Carlos V no es más el señor del Mediterráneo; helo aquí en estado de inferioridad, y las consecuencias se notarán durante más de un cuarto de siglo, hasta la victoria cristiana de Lepanto, el 7 de octubre de 1571. En estos veinticinco años el Turco hará su voluntad, o casi; impondrá su ley, devastará las costas cristianas, organizará enormes operaciones de saqueo a su exclusivo beneficio, se alimentará de las sustancias, de las riquezas, de los hombres de la cristiandad.

Para el más débil queda un solo recurso: actuar durante la estación de mal tiempo. A partir del equinoccio de otoño, el mar es presa del mal tiempo, aproximadamente hasta el equinoccio de la primavera siguiente. Las flotas turcas han virado para llegar a Estambul y a sus cuarteles de invierno. Entonces es posible sacar partido de algún día de buen tiempo para realizar una expedición a corta distancia. Así se concibe la expedición contra Argel. La flota cristiana se concentra en las Baleares; se presenta en la desembocadura del Oued el Harrach el 23 de octubre de 1541 y desembarca sus hombres. La ciudad no parece capaz de resistir, prisionera detrás de sus muros. Entonces sucede el milagro: la tempestad sorprende a la flota, la obliga a refugiarse al este, detrás del Cabo Matifu; el ejército regresa a la costa y se embarca como puede en las naves que han conseguido huir del desastre. La flota se detiene en Bougi, luego llega a las Baleares y recién en Cartagena, el 1º de diciembre de 1541, consigue huir de un último asalto de la tempestad ante el puerto. Todo esto hace crecer la insolencia y la fuerza del adversario. La lista de sus victorias, de sus golpes de mano durante estos años, llenaría un volumen. Un solo ejemplo dará la medida del peligro que acechaba a la cristiandad mediterránea, dispersa, sin defensa contra los ataques del Islam. Cuando la guerra entre Francisco I y Carlos V (la última, 1542-1544) recomienza a continuación del asesinato de los dos embajadores al servicio de Francia, el genovés César Fregoso y el español Antonio Rincon, muertos a pocas millas de Pavía en julio de 1541, la flota turca colaborará, sin resultado por otra parte, con los franceses, en el asedio y en la toma de Niza (6 de setiembre de 1543); después invernará en Tolón, una vez que la ciudad ha sido evacuada por sus habitantes. "¡Infelices de nosotros —dijo un poeta francés— que vivimos en una época como ésta!"

Alemania: un breve dominio (1547-1552)

El diálogo de Carlos V con Alemania tie-

ne lugar sin interrupción durante todo su reinado. El último acto del viejo emperador, poco antes de su muerte, será despojarse de la dignidad imperial. Pero es un diálogo que a menudo prosigue en voz baja, como si el emperador tuviera cosas mejores que hacer. En tres o cuatro oportunidades, no más, la discusión sube de tono y supera todas las otras, penetra el tumulto del mundo y lo domina. Tales explosiones no han pasado sin ser observadas: en 1521, el encuentro con Lutero; en 1530 la extraordinaria Dieta de Ausburgo (¡que no gozará del fervor humano del Vaticano II, y sin embargo . . . !); el 10 de abril de 1547, la batalla de Mühlberg, decisiva (habrá una Alemania antes y una Alemania después de Mühlberg); finalmente, el 25 de setiembre de 1555, la paz de Ausburgo, verdadero Edicto de Nantes *avant la lettre* . . .

El encuentro con Lutero

Para un novelista nada hay más dramático que la aparición de Lutero ante el Reichstag de Worms, el 18 de abril de 1521. Carlos V, no lo olvidemos, ha apenas ingresado a su vida de soberano: tiene veintiún años. El año anterior, el 23 de octubre de 1520, ha sido coronado en la basílica-catedral de Aix-la-Chapelle. Lutero ha llegado a Worms con un salvoconducto del emperador, el 16 de abril. Al día siguiente se presentará ante la Dieta, pero solicitará un día para reflexionar. El gran encuentro, por lo tanto, tiene lugar al día siguiente, con el largo discurso que el religioso pronunciará en latín y luego en alemán. Es imposible aquí hacer un resumen del mismo; lo que cuenta es la respuesta final a la pregunta que le es formulada: ¿Se retracta, sí o no? "No —responde—, a menos que se me convenza con testimonios extraídos de las Escrituras o con una razón evidente, ya que no creo ni en el Papa ni en el Concilio; es una constante evidencia que éstos han errado demasiado a menudo y se han contradicho recíprocamente. Yo estoy ligado por los testigos que tengo conmigo. Mi conciencia es prisionera de la palabra de Dios. No puedo ni quiero revocar nada, ya que no se actúa sin peligro, ni es honesto actuar contra la propia conciencia. Que Dios me ayude. ¡Amén!"

No son éstas, naturalmente, sus palabras exactas. Tal vez dijo, para concluir, y es el texto que se cita habitualmente: "No puedo obrar de otra manera. Yo estoy detenido donde me encuentro. ¡Que Dios me ayude! Amén."

Una escena grandiosa: los partidarios de Lutero lo dicen y lo piensan. Pero sus adversarios, en el momento, no han tenido la misma impresión: "Una impresión muy mediocre", señala el embajador veneciano Contarini. "No es éste quien hará de mí un hereje", confía Carlos V a alguien; ¿qué ha comprendido de aquel discurso en latín y en alemán?; no conoce bien ninguna de las dos lenguas. Lo cual no impide que en la noche del 18 al 19 de abril, el joven emperador redacte personalmente, en francés, una larga declaración que será traducida al alemán: "Estoy decidido a permanecer fiel a todo cuanto ha sido decidido después del Concilio de Constanza. Es evidente que un hermano aislado en el error, cuando contradice la opinión de toda la cristiandad, no tiene razón; en caso contrario, la cristiandad se habría engañado durante mil años y aún más. De esta manera, yo estoy decidido a empeñar mis reinos y mis posesiones, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida, mi alma. Ya que sería un deshonor para vosotros, miembros de la noble nación germánica, si en vuestra época y debido a vuestra negligencia, la sola apariencia de la herejía, de una ofensa llevada a cabo contra la religión cristiana, penetrase en los corazones de los hombres . . ."

El 26 de mayo, ante una Dieta reducida a pocos hombres, Lutero es desterrado del imperio. Puesto a salvo por algunos caballeros del Elector de Sajonia, permanecerá protegido en el castillo de Wartburg hasta marzo del año siguiente. Pero aún antes de esta condena había ya comenzado la guerra con Francisco I en Navarra. El emperador retornó a los Países Bajos, abandonando Alemania a sus humores, a sus pasiones, a sus desórdenes impotentes. ¡Antes que nada la política, antes que nada la guerra! El resto no cuenta ni puede contar para el emperador.

La Dieta de Ausburgo

Casi diez años más tarde, en Ausburgo, la ciudad de los Fugger, el Reichstag se reúne y tiene sus sesiones de julio a noviembre. Dueño de Italia, libre de Francia, seguro de sí, ¿podrá el emperador poner orden en el conflicto religioso producido por la revuelta de Lutero, como esperan tantos espíritus sabios y fervientes? ¿En este conflicto que ha impregnado todas las vicisitudes de la historia alemana, en particular la breve y violenta revuelta campesina de 1525, contra la cual Lutero ha arrojado fuego y llamas, él, el amigo, el prisionero de los príncipes protestantes? Para muchos es posible una conciliación, un compromiso. Gattinara es un partidario de ésta, pero muere el 4 de mayo, antes de la reunión de la Dieta. Por suerte, están presentes otros amigos de Erasmo y de la conciliación religiosa, como Alonso Valdés, un secretario del emperador; así, para los protestantes, el mismo Melanchthon, que pasa de una concesión a otra, a propósito de la jerarquía episcopal, de los Siete Sacramentos, de la confesión auricular . . . Su único deseo es mantener la Comunión bajo las dos figuras, del pan y del vino. Desde lejos, desde Friburgo, Erasmo se preocupa pero no actúa. En Coburgo, donde sigue la controversia, Lutero se inflama, se indigna; ¡mejor la guerra que tantas concesiones en cadena . . . ! A pesar de esto, en setiembre, los adversarios están de acuerdo sobre 21 de 28 artículos; quedan siete en discusión. ¡Si no existiera la cuestión de los bienes eclesiásticos secularizados que se deberían restituir! "Los príncipes luteranos dicen que no ven ninguna salida, para restituirlos de buena fe", nos informa un corresponsal de los Gonzaga de Mantua. Y he aquí que tanto unos como otros invocan la conciencia y los Evangelios. No soy yo justamente adversario de los Evangelios, dice lleno de cólera un día el duque de Sajonia. Tampoco yo, retrueca el emperador. Pero no resultará nada de estas largas discusiones, que resultan poco divertidas al Papa Clemente VII, aunque él haya prometido a media voz en Bolonia, cuando la coronación del emperador, reunir un concilio. Finalmente, cuando los protestantes parten de Ausburgo, nada se ha decidido; los católicos, que se han quedado solos, declaran que las cosas quedarán en suspenso hasta el 15 de abril de 1531. Por encima de este término, se restablecerá la jerarquía episcopal. Son palabras que no tendrán eco. En 1532 la frontera alemana es amenazada por los turcos. O al menos, así lo parece. Se reúne una nueva Dieta para otorgar los fondos necesarios contra el infiel, pero en cambio, el 23 de julio de 1532, los príncipes protestantes obtienen el derecho de organizar la vida religiosa según la respectiva voluntad de los propios estados, a la espera de un concilio general que solicitan constantemente. El error de Carlos V, se dice, es el de haber venido a Ausburgo sin soldados . . .

La victoria de Mühlberg

Y he aquí que llega con ellos unos quince años más tarde, en 1546. Nuevamente está libre al oeste y pronto lo estará también al este: al oeste, por mérito de la paz de Crépy-en-Lannois (18 de setiembre de 1544) que llega acompañada de muchas promesas que no serán mantenidas; al este, a causa de la tregua que Fernando está por firmar con los turcos en 1546. Ventaja suplementaria, el Papa empuja al emperador a actuar contra los protestantes de la Liga de Esmalcalda. Los tiempos han cambiado —se diría—, el Concilio se ha abierto finalmente en Trento, el 13 de diciembre de 1545, pero no traerá la reconciliación religiosa, al contrario. Lutero muere el 18 de febrero de 1546 ("Nada de bueno —profetiza— le espera al mundo"). Al año siguiente, en la noche del 27 al 28 de febrero, moría Enrique VIII y, poco después, Francisco I en la noche del 31 de marzo al 1º de abril. Pero la muerte más dramática, digna de una novela de terror, ha sido la del joven

duque de Orléans, el 8 de setiembre de 1545; se sostiene que fue asesinado por orden de los imperiales, lo cual parece bastante poco probable. De todos modos, Carlos V, libre de las promesas hechas al joven príncipe de concederle el Milanesado, como se había previsto en la paz de Crépy, otorga tal investidura a su propio hijo, Felipe de España, el futuro Felipe II. Pero dejemos a un lado estos episodios. Lo que importa es que una vez más le es permitido al emperador, entre las muchas tareas que lo apremian, elegir una y dedicarle el máximo de las propias fuerzas. A las circunstancias políticas se les suman en todo Occidente tenaces dificultades de orden económico y social. En estas condiciones generales de crisis, sólo los países muy ricos escapan a las restricciones impuestas por la coyuntura. De esta manera, Carlos V podrá golpear a Alemania con el dinero arrancado a España.

Sin embargo, antes de atacar, hace tiempo, negocia, observa. Ha llegado solo, o casi, a la Dieta que se abre en Ratisbona; pero ha dado órdenes para que se lleven a cabo los movimientos necesarios. Hacia Alemania se dirigen tropas de los Países Bajos, de Milán, o enroladas al paso. "Tú sabes —escribe el emperador a su hermana María de Hungría el 9 de junio de 1546—, como te he dicho ya al despedirme de ti (cuando dejó los Países Bajos en marzo del mismo año), que haré lo imposible por solucionar las cosas y lograr la paz en Alemania de cualquier manera, evitando hasta donde sea posible recurrir a la fuerza..." "Pero —agrega—, no lo he logrado." Los príncipes alemanes ya no comparecen más ante la Dieta. Es la guerra, en una Alemania descontenta, indecisa, en la cual los súbditos, explotados por los príncipes "hasta el último centavo", no pedirían otra cosa que sacar provecho de los posibles cambios. Los aliados de la Liga de Esmalcalda tratan, es cierto, de impedir la convergencia de las tropas imperiales hacia el Danubio, pero la larga paz interior de Alemania, tan útil para el desarrollo del protestantismo, no ha favorecido de igual manera el aprendizaje de guerra: los aliados fracasan en sus operaciones y se repliegan hacia el norte, en dirección del Hesse y de Sajonia, repliegue necesario ya que la diplomacia imperial acaba de inferir un golpe fulminante con la traición de Mauricio de Sajonia. Este extraño y enigmático personaje representa a la rama segundona de la casa de Sajonia, la que reina en Dresde, mientras la rama primogénita, en posesión de la dignidad electoral, se ha arrojado sobre las tierras de la rama mayoritaria; de un solo golpe la Alemania protestante se disloca. Durante el invierno 1546-1547, el ejército imperial ocupa las grandes ciudades del sur, Ausburgo, Ulm, Estrasburgo, Francfort. Los príncipes amenazados vienen a solicitar perdón: el Elector Palatino, el duque de Wurttemberg. Éste, enfermo de gota, no logra arrodillarse en su lugar. Toda Alemania está reducida a la obediencia. El emperador habría dejado de buena gana el cumplimiento de una tarea sin dificultades a sus lugartenientes, a su hermano Fernando, Rey de los Romanos, y a Mauricio de Sajonia, pero estos últimos reclaman ayuda para enfrentar la obstinada resistencia del Elector de Sajonia. El ejército imperial se pone en marcha entonces, a partir del Mar del Norte, con el obstáculo de una primavera adversa; atraviesa Bohemia, pronta a sublevarse contra Fernando, a la cual el ejército de Carlos, con su sola presencia, vuelve a someter a la obediencia. Llegan a Sajonia en el alto valle del Elba, en la vecindad de Dresde. A la altura de Mühlberg, con la ayuda de la noche y luego de la niebla matutina, el ejército imperial pasa el río, sorprende al ejército sajón en maniobra, convencido de estar a buen resguardo. La intrusión de los imperiales es notada sólo al disiparse la niebla, y le sigue una fuga desordenada. Johann Friedrich, el Elector de Sajonia, cae en las manos del vencedor; al poco tiempo, toda Sajonia está ocupada. Poco después se rinde también el Landgrave de Hesse y queda luego en estado de residencia vigilada, prácticamente prisionero. En este verano de 1547 Carlos V toca la cúspide del poder. Es probable que la victoria de Mühlberg, que tiene tantos puntos en común con la de Pavia, se haya debido tanto al duque de Alba, comandante del ejército, como al soberano en persona. Recuérdese que el emperador pedirá a Tiziano que lo pinte con la lanza en mano, en el campo de batalla de Mühlberg. En Pavía había triunfado sin estar presente.

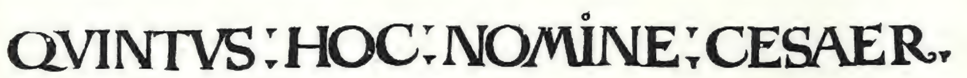
El intermedio de Ausburgo

¿Victoria total? Por cierto, pero efímera. El emperador ha logrado un triunfo completo sobre los príncipes; los tiene en la mano. Pero no ha triunfado sobre los pueblos, y éstos se lo demuestran defendiendo gloriosamente a Magdeburgo y Bremen, las ciudades que protegen lo que queda, al norte de la Alemania protestante aún independiente. Ya es una grave restricción. Todo el enorme conflicto posterior de la Guerra de los Treinta Años probará de modo inequívoco que la Alemania protestante puede ser dominada solo ocupando los litorales del Báltico y del Mar del Norte. Y además, cuando se trata de religión, a menudo la fuerza no resuelve nada. Nada más fácil que arrojar a los predicadores protestantes fuera de las ciudades de Alemania meridional, pero éstos se trasladan a otra parte. Todo queda en estado de ser controlado y en condiciones muy nuevas. Aparentemente, sin embargo parece que todo recomienza desde el principio como diecisiete años antes, ya que se convoca la Dieta de Ausburgo que sesionará desde setiembre de 1547 hasta el 30 de junio de 1548. Pero Ausburgo II no es de ninguna manera Ausburgo I; las pasiones religiosas se han reavivado entretanto, las posiciones se han vuelto más rígidas. Los diez meses de la Dieta se consumen en discusiones, vanas negociaciones, cóleras inútiles, complicaciones inesperadas. Con Calvino ha cobrado vigor un nuevo protestantismo en Ginebra, a partir de 1540. La intransigencia de éste excluye cualquier idea de conciliación; un intransigencia semejante expresan los católicos y el Papa, Pablo III, en este mismo año de 1540, ha reconocido a los Jesuitas. En el Concilio de Trento, sin esperar la llegada de los delegados protestantes, los católicos han tomado posición sobre algunas cuestiones decisivas: la de los libros apócrifos, la de la Vulgata, la del Pecado original, la del lugar a otorgar a la tradición. La Contrarreforma se ha puesto en marcha y no cederá terreno. El Papa, antes de Mühlberg, ha retirado sus tropas del ejército imperial y transferido el Concilio de Trento a Bolonia; para los protestantes alemanes ir a Trento era como conquistar una tierra al imperio, pero Bolonia significa salir del Reich.

Por otra parte, la disputa no es solamente religiosa, sino también política. Como tantos príncipes de la cristiandad y en primer lugar los italianos, el Papa no puede aceptar la victoria política del emperador, y resignarse a inclinar la cabeza. Pablo III dirá: "No al César, sino a San Pedro, ha dicho Cristo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." Esto justamente reviste de importancia sensacional, dramática, el asesinato del hijo de Pablo III, Pier Luigi Farnese, a quien su padre había otorgado en 1545 las investiduras de Parma y Piacenza, convertidas en ducados. Nadie duda que el asesinato, con apariencia de revuelta popular, ha sido tramado por el gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga. En tales condiciones, ¿qué poder tenían las misiones, las amenazas o las declaraciones hechas con arrogancia por Diego de Mendoza, embajador de Carlos V en Roma, o las presentadas por personajes de alto rango que escuchan a los padres del Concilio en Bolonia? Los historiadores se han preguntado *a posteriori* lo que el emperador habría podido y aún debido hacer. Dado que todo estaba supeditado a las decisiones de un Concilio General —el de Bolonia—, ¿qué hacer, si no esperar, ganar tiempo, reservarse para el futuro? El *Interim* de Ausburgo ha sido la mediocre solución encontrada a este gran problema: se instauraba, de manera autoritaria, un *modus vivendi* aceptable, parecía, para las dos partes. El texto ha sido redactado por dos obispos y el protestante Agrícola, predicador del Elector de Bran-



1





2

FESSAS: MVTASQVE: REPONERE

Hic consequebatur fæcialis siue caduceator (vulgò Heroaldus) cognomine Burgundus, paludaměto sago indutus. A capite ephippii seu sellæ equi huius pendebant facci pleni numismatis aureis & argenteis recens cusis, in quorum altera parte sculpta erat facies & imago Imperatoris cum titulo circumscripto hoc, CAROLVS QVINTVS IMPERATOR AVGVSTVS: in altera, columnæ Herculeæ, cum notis arithmeticis, annum à Christo nato vertentem designantibus, quibus circumscriptű erat, PLVS OVLTRE. Et quàm diu incessus huius pompæ durabat, tam eundo quàm redeundo, tam diu ille vtrisque manibus numos hos aureos argenteósque iactabat & spargebat per populum, exclamando: *Liberalitas, Liberalitas*: populus verò excipiendo, sublato clamore vociferabatur, *Imperium, Imperium: Viuat Carolus Imperator Catholicus.*



3

1, 2, 3. *Marcha triunfal de Carlos V en ocasión de su coronación en Bolonia* (Snark).

4. *Papa Clemente VII.*



4





1

En las páginas precedentes:

Francisco I en un cuadro de Clouet y Carlos V en la representación de Van Dyck (Snark).

1 Carlos V y su mujer Isabel de Portugal.

2, 3, 4. Del libro de la guerra: *derecho militar e imperial bajo Carlos V* (Snark).

Jetzt kompt der Gefangen/vnd begert ein Für|r.
der wirdt jhm auch vergünnt/rc.



2

vergeben/wirdt darneben durch den Priester zu der ewigen Seligkeit ermant / getröst



3

Ampt vnd Befelch deß Gerichtsweybels.



4

demburgo. Los veintiséis artículos no resolvían nada y dejaron a todos descontentos . ¿A qué sirve enumerarlos? Digamos, *grosso modo*, que mantienen los siete sacramentos, la jerarquía episcopal queda en su lugar, se acepta el matrimonio de los sacerdotes, de manera un poco hipócrita, y así también las dos formas de comunión, y la misa es considerada como una acción de gracia. En realidad el Sumo Pontífice dará su consentimiento a regañadientes y recién en 1549. En cuanto a los protestantes, utilizarán diferentes redacciones del *Interim*, en Brandemburgo, en Sajonia . . . Sin embargo, nada se ha consolidado, nada se ha comprometido de manera absoluta sobre todo después de la muerte de Pablo III, el 10 de noviembre, cuando su sucesor, Julio III, se adhiere a la conciliación. Casi inmediatamente éste acepta referir el Concilio de Bolonia a Trento y se plantea inclusive la cuestión de recibir o no a los delegados protestantes.

Felipe de España no será emperador

Ningún compromiso y mucho menos ninguna conclusión en el plano político. El problema es transformar el imperio, de electivo como es, en monarquía hereditaria. Si los príncipes hubieran consentido a ello se habría cumplido, entonces, en el desorden político alemán, "una revolución desde lo alto, como dice un historiador, que habría transformado absolutamente el Reich". Pero esto, ¿es realmente posible, o lo es solamente en el papel? La primera condición es que la familia de los Habsburgo esté de acuerdo consigo misma, lo cual no sucedió, con gran sorpresa y desesperación de Carlos V. Éste ha defendido continuamente los derechos, las prerrogativas de esta familia, en un cierto sentido, ha visto a Europa y al mundo a través de ella, ha gobernado sus estados por medio de sus parientes: Margarita de Austria; María de Hungría; Fernando, su lugarteniente desde 1521 y, luego, desde 1530, electo rey de los romanos. Más tarde gobernará aún con la mediación de su sobrino Maximiliano, que es también su yerno, con la mediación de su hijo Felipe al cual deja, en 1542, a pesar de su extrema juventud –quince años– la regencia de los reinos de España. En realidad, sintiéndose cargado de años y enfermedades, Carlos hubiera querido una promesa formal de los príncipes electores en el sentido de elegir a su hijo como eventual jefe del imperio. Dado que la corona de oro debe retornar *ipso facto* a Fernando, ya rey de los romanos, esta promesa no podrá comprometer a nadie más que a su sucesión.

Fernando y su hijo Maximiliano son muy reticentes. En efecto, los "fernandianos" forman una casa aparte: en 1522 Carlos ha cedido al hermano su parte del *Erbland* austríaco; en 1526 Fernando ha recogido la sucesión de Luis de Hungría, su cuñado, después del desastre de Mohacs, es decir, lo que queda de Hungría al norte de la conquista turca, y el vasto reino de Bohemia; los fernandianos no quieren renunciar a la dignidad imperial.

Por dos veces María de Hungría viajó desde los Países Bajos a Ausburgo para reconciliar a los adversarios y, como escribe al emperador, "conservar la grandeza de nuestra Casa". Pero la discusión, de familiar y secreta, tiende a convertirse, y se convierte, en pública. Maximiliano está en el origen de estos escándalos y de estas traiciones. En diciembre de 1550 el emperador llega a escribir a María de Hungría: *"Je vous puis certifier que je n'en puis plus si je ne crève"* ("os puedo certificar que no puedo más sino estallo").

Para salir de una situación sin probabilidades de éxito, el 9 de marzo de 1551 Carlos hace redactar un *diktat* al obispo de Arras, muy en secreto, y lo impone a su hermano y a su sobrino. Cuando la corona de oro vaya a manos de Fernando, Felipe obtendrá el título de Rey de los Romanos; elevado a su vez a la dignidad, dejará a Maximiliano, hijo de Fernando, el título de Rey de los Romanos; esta es, por lo tanto, la futura sucesión al imperio. Además, después de la entrada de Fernando al imperio, Felipe recibirá, con el título de vicario imperial, la autoridad "feudal" del imperio sobre las tierras italianas. Pero todas estas disposiciones serán rápidamente trastocadas por los acontecimientos.

La Alemania de los príncipes no quiere saber nada de esta solución. Los fernandianos, que lo saben, se apoyan en ella y son sostenidos. La rueda gira rápida y velozmente. La victoria del emperador reposaba en un conjunto de circunstancias que la hacían frágil de antemano. No fue posible sino debido a la desatención de Europa, cuyo silencio no durará más que un instante. Después de Mühlberg se verificará lo que ocurrió después de Pavía, es decir, un movimiento convergente contra el vencedor.

Europa contra Carlos V

Europa entera, incluidos los turcos, está volviéndose contra él, según la ley del equilibrio europeo. Por cierto hará falta que transcurra un tiempo. La Francia de Enrique II no se librará de la guerra inglesa (por Boulogne) antes del 24 de marzo de 1550. Para actuar en el Mediterráneo, los turcos esperarán el pretexto de una acción de Carlos V contra Dragut, expulsado del minúsculo puerto africano sobre la costa tunecina en 1550. Entonces se lanzarán a la expedición que culminará el 14 de agosto de 1551 con la reconquista de Trípoli de Berbería tomada a los Caballeros de Malta a quienes Carlos V había a su vez asediado allí en 1530. Los protestantes alemanes llegarán finalmente a un entendimiento con el Cristianísimo a fin de que el emperador sea puesto militarmente en peligro. El acuerdo, negociado secretamente en Lochau, cede al rey de Francia los tres obispados de Metz, Toul y Verdun, cláusula vuelta a confirmar en el tratado de Chambord, el 15 de enero de 1552, y en el acuerdo militar de Friedewald (17 de febrero de 1552).

El animador de estos acuerdos con Francia es nada menos que Mauricio de Sajonia, el enigmático príncipe sin escrúpulos. Con el pretexto de llevar el orden a Magdeburgo, ha sabido mantener a su disposición un ejército de mercenarios, mientras el emperador, por razones económicas, retiraba sus tropas españolas e italianas de Würtemberg. Teóricamente, los príncipes protestantes deberían marchar sobre el Rin, reunirse con Enrique II y sorprender a los países católicos indefensos desde las orillas del río. Enrique II, que durante su paso ha ocupado Toul y Metz, llega al Rin en mayo de 1552, pero al no encontrar a nadie que lo reciba se bate en retirada y en el camino de retorno ocupa Verdun. La razón es que Mauricio de Sajonia ha preferido cargar a fondo contra el emperador quien, al encontrarse sin defensa, ha tenido que abandonar Ausburgo, donde el príncipe entra el 4 de abril de 1552. Carlos está en Innsbruck, desarmado. Lo mejor para él es negociar y ganar tiempo. Fernando ha pactado una tregua; además el 19 de abril se reúne una Dieta en Linz, a orillas del Danubio. Pero aprovechando los puntos de controversia de la tregua, Mauricio de Sajonia avanza con sus tropas hasta Innsbruck, que conquista el 23 de mayo. Carlos V ha huido hacia el Este a través de los Alpes aún nevados, hasta Villach, en Austria, adonde llega el 27 de mayo. Evidentemente Alemania está perdida. El emperador se ha dejado sorprender, a pesar de tantas advertencias y por una vez, la extraordinaria diplomacia imperial, demasiado calculadora, ha errado.

Sin embargo se lleva a cabo una inmensa movilización de hombres y de dinero a favor del viejo emperador que le permite hacer frente a tres guerras simultáneas: no puede esperar tregua ni contra el turco ni contra el Cristianísimo (aunque se haya firmado una tregua de breve duración con Enrique II el 10 de mayo de 1552). El buen sentido sugiere, por duros que sean los consejos, encontrar un entendimiento con Alemania. Por este lado las conversaciones son posibles y de esto se encarga Fernando, en el cual Carlos V termina por volver a depositar su confianza, después de haber nutrido contra él las peores sospechas y de haber creído por un momento en su connivencia con los protestantes, lo cual es por cierto inexacto. Los príncipes alemanes, por su parte, han sufrido tanto las pruebas de los acontecimientos de aquellos años que se muestran muy favorables a la paz. Mauricio de Sajonia decía: "La

1



2



3

1. La expedición de Carlos V contra Túnez (Snark).

2. Mulei Hassan, rey de Túnez.

3. Los imperiales se baten en el lago de Túnez (Snark).

4. La flota imperial abandona la costa tunecina después de haber vencido al fuerte de La Goleta (Snark).



4

paz sin condiciones y para siempre". Esta paz, concluida precipitadamente, se estipula con el contrato de Passau que ratifica el emperador el 15 de agosto de 1552. Como consecuencia, Mauricio de Sajonia con una parte de sus tropas toma el camino de Hungría y de la guerra contra los turcos.

Había dejado detrás suyo, alrededor de Francfort, una parte de las tropas que lo habían acompañado contra Carlos V; éstas se adhieren a la línea del Margrave de Brandemburgo, Alberto Alcibíades, un cabecilla que llegó a ser, por sus saqueos metódicos, el escándalo público de Alemania, anticipando en mucho el espectáculo vergonzoso de los saqueos de la Guerra de los Treinta Años. Carlos contratará al tremendo aventurero; se ha decidido a marchar contra Francia, a atravesar Alemania con sus tropas italianas, españolas y alemanas (estas últimas muy numerosas) y sitiar la ciudad de Metz.

Es lógico atacar a Francia, que desde Italia hasta los Países Bajos, ha recomenzado el juego de la guerra contra el emperador. También Siena, en julio de 1552, se había levantado al grito de "¡Francia, Francia!" Y era lógico atacar Metz, símbolo de la conquista francesa, en detrimento del Reich. Pero comenzar el sitio de la ciudad en noviembre no parecía razonable. El asediado, en aquel caso Francisco de Guisa, que dispone de una abundante artillería, se defenderá con vigor. En cuanto al sitiador, se encuentra a campo abierto en torno a la ciudad, mal reparado, durante un invierno inclemente. Ambrois Paré se reúne con los asediados, llega al lugar de noche, descubre las fogatas encendidas en torno a las cuales se reúnen los soldados de Carlos V: pasar entre estas manchas luminosas y llegar hasta la ciudad es un juego de niños. Una vez más, ¿acaso Carlos V y el duque de Alba podían actuar de otra manera? No atacando Metz se corría el riesgo de que el ejército, reunido con tanta dificultad, se desbandase solo. Conquistarla podía quizás constituir una posibilidad de renovar la cuestión alemana. No fue así: la derrota de Metz, el primero de enero de 1553, confirma definitivamente los términos de la paz alemana, una paz por otra parte sólo aparente, ya que la tempestad no se calmará de un día para otro. Así, para Alberto Alcibíades, quien después de haber levantado el asedio, ha partido con los suyos, no existen ni católicos ni protestantes, sino poblaciones, riquezas para saquear.

Recién será puesto en su lugar por Mauricio de Sajonia en 1553 y en Lumburgo; pero, victorioso, Mauricio muere debido a las heridas. Alemania conoce entonces la tranquilidad (aún la religiosa, tan a menudo deseada con mayor o menor sinceridad en el fondo) gracias a la paz de Ausburgo, el 26 de setiembre de 1555, un compromiso que dejaba a cada religión en posesión de sus territorios y beneficios, repitámoslo: un edicto de Nantes *avant la lettre*.

El matrimonio inglés

Carlos V había dejado Metz el 1º de enero de 1553. Llegó a Bruselas el 6 de febrero. Debía quedarse en el país de su infancia y de su juventud hasta 1556, fecha de su regreso a España —fecha de su último gran viaje. Aquellos años en los Países Bajos, en un lugar ideal de observación, no serán inactivos. La guerra, se sabe, ha continuado con el Cristianísimo, y el asedio de Metz no ha sido más que un episodio. Otro episodio, en 1554, es el combate de caballería en Renty, cerca de Boulogne, sobre el curso del Aa, encuentro que ha corrido el riesgo de convertirse en un desastre para el rey de Francia: Enrique II estuvo a punto de caer en manos de los ejércitos imperiales, como Francisco I en Pavía.

Observar el mundo desde los Países Bajos, este cuadrivio ideal de Europa, no significaba solamente ver a Francia, responder a sus ataques; es también ver a Alemania en el camino de la pacificación, y percibir a simple vista los asuntos de Inglaterra. Éstos toman un giro imprevisto. La católica María Tudor, sobrina de Carlos V, sucede en el trono de Inglaterra a su joven hermano Eduardo VI, muerto el 6 de julio de 1553. El emperador ha pensado por un momento ofrecer su mano a la soberana, luego ha preferido presentar la candidatura de su hijo Felipe, viudo desde hacía ocho años.

Las negociaciones son conducidas rápidamen por el Comtois Simon Renard ("que merece su nombre") y el 12 de julio de 1554 María Tudor firma su contrato de matrimonio con Felipe de España.

Este es un enorme logro. Uno más, y de enorme importancia, se agrega a la colección de los estados hostiles a Francia, y que la rodean con su vigilancia. Evidentemente, un matrimonio es siempre un logro frágil, de breve alcance. Pero no juzguemos el acontecimiento con anticipación, en base a sus consecuencias, que en efecto, debían resultar de mínima importancia. Felipe se embarca con una enorme flota en La Coruña el 14 de julio y llega a Southampton a los seis días. Las nupcias fueron celebradas en Winchester el 25 de julio. Este matrimonio, es cierto, ha sido infecundo y la restauración del catolicismo en Inglaterra se revelará difícil, incompleta, sanguinaria. La reina, más vieja que su esposo, morirá en 1558 y la política y la vida inglesas retomarán su curso con Isabel.

Pero nadie, en 1553, podía prever el desarrollo de estos acontecimientos. Durante algunos años Carlos V podía pensar haber logrado un éxito enorme. Por otra parte, él había confiado mucho en la dote que se habría debido reservar al heredero; en su mente, esto significaba Inglaterra y los Países Bajos, extraña construcción política, pero muy fecunda, y que sin embargo tampoco vendrá al mundo.

Las abdicaciones de Carlos V

No es solamente la precaria salud la que ha dictado las abdicaciones de Carlos V, ni tampoco un cierto disgusto de la vida, de los honores y de los hombres, aún cuando esto haya cumplido su parte. Con sus abdicaciones, Carlos V ha querido también regular, estando vivo, una sucesión difícil En este terreno, así como en tantos otros, hizo lo que pudo y no lo que hubiera deseado y que había preparado largamente. Por lo tanto no le atribuyamos pensamientos demasiado grandes. No creo, por ejemplo, que Carlos V haya tenido el sentido agudo de la evolución que significaba por propia fuerza, un imperio atlántico centrado en España, de la vasta construcción continental, europea en la cual se había visto obligado a girar durante casi medio siglo, como la ardilla en su jaula. Si elimina de la herencia de Felipe II a Alemania, es porque se ha visto obligado a renunciar por aquel lado a toda política de unión. Mucho antes de la última abdicación de Carlos V, aquella en que depone la corona de oro, el 28 de febrero de 1558, se ha llevado a cabo una separación de los Habsburgo en dos ramas, los Habsburgo de Viena, y ya que Felipe II se establecía definitivamente en España, en 1559, los Habsburgo de España, con todas las consecuencias que esta división implica en el plano europeo. La Guerra de los Treinta Años, desde este punto de vista, seguirá al acercamiento de las dos ramas de los Habsburgo.

Por otra parte no se puede discurrir acerca de la abdicación de Carlos V como si fuera una decisión tomada abruptamente, bajo la presión de algún acontecimiento o de una determinada actitud mental. Sus renuncias sucesivas, fruto de las circunstancias, se suceden en un largo período de tiempo. Generalmente no se quiere ver más que la patética ceremonia de Bruselas en octubre de 1555. Esta es la primera vez que él manifiesta públicamente su deseo de retirarse del mundo, pero ya antes de esta fecha, en 1554, había otorgado la investidura de Milán a su hijo; en 1554 le había cedido Nápoles y Sicilia. Es por lo tanto un rey y con doble título el que se ha casado con María Tudor.

En la gran sala del palacio de Bruselas, el 25 de octubre de 1555, es solamente a los Países Bajos que Carlos renuncia a favor de su hijo, en vísperas, nótese bien, de una paz con Francia, ya que se puede pensar que la tregua de Vaucelles que se prepara desde hace mucho tiempo, ha sido obtenida mucho antes del 5 de febrero de 1556, fecha de su ratificación. En su discurso, Carlos justifica la propia decisión, enumera fatigas, desilusiones. "Honrad la religión, aconseja constantemente a su hijo; reforzad la fe católica en toda su pureza;



1

1. El Concilio de Trento.

2. Federico, Elector de Sajonia.

3. La batalla de Mühlberg.

considerad las leyes del país como sagradas e inviolables y no tratéis de infringir los derechos y los privilegios de vuestros súbditos. Y si más tarde desearais como yo el reposo de la vida privada, que podáis tener un hijo que merezca que le tendáis el cetro con tanta alegría cuanta yo siento hoy". Esta última frase, mucho más citada que otras, expresa el inmenso afecto y la estima de Carlos V hacia aquel hijo ejemplar que es Felipe II, a quien él se ha complacido en formar desde lejos prodigándole sus consejos.

La tregua de Vaucelles no se ha ratificado aún cuando Carlos V ha renunciado, en sordina, el 16 de enero de 1556, a los reinos de Castilla y Aragón y a todas las provincias dependientes de éstos. Cuando se embarca, el 17 de setiembre de 1556, en Flandes, a bordo de una nave lujosamente preparada, Carlos es solamente emperador, y seguirá siéndolo hasta el 28 de febrero de 1558.

El retiro y la muerte

Llegó a Laredo el 28 de setiembre. Su viaje había sido tan rápido que nadie los esperaba todavía, ni a él ni a sus hermanas Eleonora, viuda de Francisco, y María de Hungría, que habían querido acompañarlo. Durante algunos días, a causa de sus sirvientes que sufrían las consecuencias del viaje y de la llegada de algunas naves suyas a Santander y a Laredo, el emperador se encontró con algunas dificultades: falta de servidumbre, médicos, emisarios, hasta el sacerdote para decir misa todas las mañanas en su presencia. Luego las cosas retomaron su curso normal. En Burgos, a donde llegó el 13 de octubre, todas las campanas de la ciudad fueron echadas a vuelo.

Don Carlos había venido a encontrarlo en el camino hacia Valladolid. El emperador se sintió pronto desilusionado por este nieto no del todo normal, mal educado por añadidura. Respondiendo a sus preguntas, el emperador le contó de sus guerras, luego de su fuga a Innsbruck . . . "Ni siquiera en aquellas circunstancias —gritó el niño— yo hubiera huido . . ." En Valladolid, entonces capital de Castilla, el emperador encontró a su última hija, la princesa Juana, viuda del Infante de Portugal que, en ausencia de Felipe II que había permanecido en los Países Bajos, "en las brumas del norte", gobernaba los reinos de Castilla.

Apenas le fue posible, tomó el camino de Extremadura, dirigiéndose al monasterio de Yuste que había elegido como lugar de su último retiro, sobre el camino a Portugal. Se detuvo en Jarandilla, en la casa del duque de Oropesa, mientras se disponía su alojamiento en el claustro separado, sin embargo, de la vida de los religiosos. Mien-





tras esperaba, se encontraba a gusto en aquella casa de Jarandilla, donde había tomado la precaución de hacer en su habitación una pequeña chimenea, dado que llegaba en noviembre a un lugar sujeto a lluvias torrenciales y a frecuentes fríos repentinos. Un lugar maravilloso, pero alejado y mal provisto, donde el pan era escaso y solamente las castañas eran aceptables. Hospedar un séquito, aún si poco numeroso, era todo un problema.

Cuando las reinas de Francia y de Hungría lleguen a visitarlo, las penurias se harán sentir en la pequeña tropa de su servidumbre. ¿Y sus placeres? Comer siempre sin medida en detrimento de la propia salud y alegrarse por lo tanto ante cualquier ofrecimiento de alimentos un poco refinados: pescados, ostras frescas o en *escabèche*, perdices de Gama, salchichas de Tordesillas . . . Termina por habituarse mucho mejor que las personas de su séquito a esta vida de desierto, hasta toma con buen humor los inconvenientes que no faltan. Dado que en su jardín no han crecido sino melones de mala calidad, reclama que "un mal melón es siempre mejor que una buena sandía", *con que Su Majestad dice que es mejor un ruin melón que un buen pepino.*

Recién la noche del 3 de febrero de 1557 tomará posesión de su alojamiento en Yuste, después de haber devuelto la libertad a un cierto número de siervos, que no habían encontrado lugar en el monasterio. En la habitación donde el emperador vivirá sus últimos días, se abre una ventana sobre el altar de la iglesia, para que él pueda escuchar y seguir la misa desde su lecho. Dispone de un guardarropas, un dormitorio, una sala para recibir; desde las ventanas ve los naranjos del claustro, las encinas de la montaña . . . Su mayordomo Quijada, que educa en secreto al que será Don Juan de Austria— el hijo natural que el emperador había tenido de la bella Clara Blomberg en Rastisbona en 1546— está desolado; "es la vida más descorazonada y más triste que se haya visto jamás, una vida aceptable sólo para quien haya renunciado a las riquezas y a la mundanidad . . .". Pero una conclusión semejante no está hecha para desanimar a Carlos V. Por otra parte el eremita ve al mundo venir hacia él, le llega una corriente de mensajeros que le traen noticias, regalos, provisiones y visitas, algunas de las cuales el ilustre anciano rechaza.

Su salud no está ni mejor ni peor que durante los cinco o seis años anteriores; la gota lo atormenta horriblemente y sufre de diversos males, acerca de cuyos síntomas se extiende en un cierto número de cartas. Pero ¿qué médico podría hoy dar un juicio válido acerca de esta salud hecha de altos y bajos, en la cual el enfermo no pierde jamás el conocimiento? En la primavera que sigue al comienzo de su estadía en Yuste, después de la visita de Ruy Gómez, enviado por su hijo Felipe II, vuelve a ser

presa de la pasión por las cosas y de la inquietud. La guerra con Francia ha recomenzado, después de la intervención intempestiva e impetuosa del papa Pablo IV, el enemigo jurado de los Habsburgo.

Es cierto que Carlos V no controla estos problemas, pero sin embargo da consejos, se apasiona, se inquieta; hasta proyecta una acción personal. Desde el principio hasta el final ha dirigido solo el negociado mediocre que concierne a la princesa María de Portugal, hija del primer matrimonio de Eleonora de Austria, consiguiendo que ella cumpla un viaje en España para conocer a la madre, ex reina de Francia, pero sin conseguir que ésta se quede cerca de la madre. En cuanto a los asuntos exteriores, a los problemas de estado, da sus consejos --a la princesa Juana en particular, que gobierna el reino de España— con toda discreción, teniendo en cuenta que el verdadero problema es no disminuir ni siquiera en apariencia la autoridad de la Regente. De tanto en tanto sucede sin embargo que la pasión subleve todavía al viejo, como cuando llegar a saber que el dinero traído de América ha sido distribuido entre los mercaderes y no confiscado para el servicio del rey, o que se ha descubierto una comunidad "protestante" en Valladolid. En esos momentos se abandona al furor, querría que los culpables fueran castigados inmediatamente. Una sola vez pensará verdaderamente en actuar. Antonio de Borbón, duque de Vendôme y rey de Navarra (la Navarra española ha sido ocupada en 1512 por Fernando el Católico), retomando negociaciones ya bastante adelantadas por su suegro Enrique de Albret (muerto el 25 de mayo de 1555), trataba de conseguir, a cambio de la perdida Navarra, el Milanesado (con el título de rey de Lombardía), y a cambio introduciría a los españoles en el sur de Francia, y los ayudaría a conquistar Bayona, Bordeaux y la Guyena: exactamente el tipo de negociado que tiene por base la traición, tan típica de la diplomacia habsburguesa. La tregua de Vaucelles, el 5 de febrero de 1556, había interrumpido la línea de la intriga, pero con el inicio de las hostilidades contra Francia había llegado el momento ideal para no consentir a Antonio de Borbón que se limitara a declaraciones verbales. Lo que nos interesa es que toda la cuestión (que terminará por quedar en la nada), se haya puesto en manos de Carlos V, por orden de Felipe II en persona. Mientras prosiguen las negociaciones, se hace necesario concentrar tropas sobre los Pirineos; Carlos V llegó a pensar en tomar el mando. El gran capitán Luis de Ávila, que lo ve en aquella ocasión, escribe el 13 de agosto de 1557: "Creo en todo, en el amor que inspira a su hijo, en su enorme coraje y en sus viejas costumbres, ya que él ha sido educado en la guerra, como dicen de la salamandra . . .

Pero con la nueva infantería (que se deberá enrolar), la caballería de los señores (es decir la fuerza de ataque y reserva de la armada de invasión), en una palabra, un ejército entero de tropas apenas enroladas, no sé cómo irán las cosas con este hombre que siempre tuvo a sus órdenes a los soldados más aguerridos del mundo . . ."

Pero esta reunión tumultuosa de tropas no tendrá lugar y el viejo emperador permanecerá en Yuste, con el oído atento a los rumores del mundo, recorriendo con la memoria los años transcurridos y preparándose para el último viaje.

Estos últimos meses que estamos en condición de seguir paso a paso, nos familiarizan con un personaje de excepción, de mente muy elevada. Este retiro voluntario es prueba de un desapego, de una ausencia de vanidad rara en los hombres que han ocupado largamente el escenario del mundo. Es probable que apenas un mes antes de morir hiciera celebrar las propias exequias para asistir a ellas y orar: "Tanto vale, habría dicho, llevar un cirio delante de un hombre que detrás." Indudablemente fue en relación a su persona que en aquellos días se recitaron las plegarias de los muertos, con salmos y lectura de las Escrituras, según el mismo ritual que celebraba, cada primero de mayo, en recuerdo de su mujer, la emperatriz Isabel, muerta en 1539.

El Nuevo Mundo

La historia de Carlos V no se entiende completamente si, como nos ha sucedido a nosotros hasta este momento, uno se deja atraer solamente por los acontecimientos europeos. ¿Qué sucede, en esta primera parte del siglo XVI, más allá del Atlántico, en el Nuevo Mundo? Interrogante fundamental si se quiera hacer un balance de la vida de Carlos V.

La España popular, proletaria, pobre, es es la que ha conquistado de manera brutal (y también heroica) el inmenso Nuevo Mundo —salvo Norteamérica, donde se establecerán más tarde los franceses e ingleses, y el este de América meridional, el Brasil, donde los portugueses se establecerán con lentitud a lo largo de las costas—, eslabón en el camino de las Indias y puntos de asiento de la cultura de la caña de azúcar, que no se afirma realmente hasta después de 1550. Aquella inmensa América de los conquistadores españoles, desde California a Chile y al Río de la Plata, no existía cuando Carlos recibió los reinos de España (en aquel momento estaban ocupadas solamente algunas posesiones en las Antillas); se fue constituyendo entre tempestades y movimientos que es fácil adivinar, durante el largo reinado de Carlos.

Nótese que ésta es mucho más vasta de lo que está poblada; solamente hay poblaciones densas sobre el altiplano de México y los Andes de las actuales repúblicas de Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú. En el resto del territorio, inmensos desiertos, y por todas partes enormes dificultades para superar. Pero la conquista ha sido rápida y útil solamente allí donde la población indígena era suficientemente densa, o donde una sociedad que se pudiera llamar tal se ofrecía como presa fácil al invasor. Lo que los conquistadores llevan consigo —las armas de fuego, los caballos, los perros habituados a la caza del hombre— los pone en posición ventajosa, no menos (sobre todo las armas de fuego) que su concepción de la guerra, la guerra sin piedad del viejo continente, que también forma parte de su equipaje. Las sociedades indo-americanas no conocen otra cosa que sus guerras rituales y se defienden menos bien de los blancos que las sociedades más primitivas, las de los caribes en las Antillas, la de los araucanos en el Chile de hoy, la de los chichimecos en México del norte . . . Sociedades hechas para ser tomada como un fruto, engañadas al primer encuentro: tal será el caso de Moctezuma en México, en noviembre de 1519, ante Hernán Cortés; el caso de Atahualpa, emperador de los incas, el 16 de noviembre de 1531, ante Francisco Pizarro y un puñado de soldados . Todo es relativamente fácil para el vencedor, en los lugares en los cuales está concentrada la riqueza y se encuentran ciudades que oscilan entre la realidad y el sueño: México sobre la laguna, Cuzco en lo alto de la montaña somnolienta.

Por otra parte, los conquistadores y descubridores arriesgan las peores desilusiones, viven, desnudos como los indios, de raíces y de lagartijas . . . Fundada en 1536, Buenos Aires, sobre el Río de la Plata, no logra desarrollarse y se apaga en medio de la hostilidad indígena. La ciudad renacerá en 1580, pero obligados a vivir en medio de la hostilidad indígena los habitantes se lamentan amargamente de la falta de mano de obra, que los obliga "a ganarse el pan con el sudor de la frente".

Trazadas las grandes líneas, digamos que la conquista coincide cronológicamente en forma aproximada con el reinado de Carlos V. Ésta no va más allá de los años 1540 o, como máximo, 1550. Pasando estas fechas, ya sea por muerte natural (lo cual es raro) o por muerte violenta, toda una generación —la de los conquistadores— ha desaparecido. Cortés ha muerto cerca de Sevilla, el 2 de diciembre de 1547, pobre, casi en la miseria, según se dice; Pizarro ha sido asesinado en pleno día en su palacio de Lima el 16 de junio de 1541. Las excepciones confirman la regla: un tal Pedrarias Dávila, bruto monstruoso que terminará su vida a los 80 años como gobernador de Nicaragua; un tal Bernal Díaz del Castillo, que también vivirá largo tiempo y tendrá tiempo de redactar sus comentarios. Lo que nos llama la atención, si nos limitamos a las grandes líneas del drama, es que esta conquista anárquica, hecha por sí misma, sin que nada haya sido verdadera-



1

1. Abdicación de Carlos V, cuadro de F. Francken II (Snark).

mente dirigido desde España, haya concluido finalmente con una sumisión regular, más o menos rápida, a la monarquía española. En realidad, estos conquistadores, aun sobre los lugares de conquista, permanecen ligados a España, a sus creencias, a sus costumbres, hábitos, fidelidad. El oro y la plata, los esclavos o siervos indios, son bienes preciosos, pero reclaman otros: el vino, la harina, el aceite, las telas del viejo mundo, todo lo que solamente puede ser traído por barcos españoles a Nueva España, a Nueva Castilla o a Nueva Granada, instauradas por la conquista . . . Se trata de una pura y simple dependencia biológica. Pronto aquellas mismas flotas llevarán los esclavos negros de África, mano de obra indispensable para garantizar los nuevos dominios.

Sin ser demasiado fácil, el juego de la política española no ha encontrado obstáculos insalvables. Desde 1503, la Casa de la Contratación, lugar de organización del tráfico desde o hacia las Indias, tiene sede en Sevilla. En 1511, el Consejo de Indias tomaba su forma definitiva. Estas dos son las instituciones base de la dominación española en América y Carlos V las ha heredado sin tener necesidad de crearlas. De esta manera, desde antes que comenzara su reinado, los mercaderes extranjeros establecidos en Sevilla, y los genoveses entre los primeros, han perfeccionado sistemas de crédito a largo plazo que permiten, a partir de 1506-1507, la explotación regular por parte del Viejo Mundo. El "capitalismo mercantil" no sufre aquí el más mínimo retraso. Sin embargo estas instituciones sólidas y de vieja data, instauradas desde el comienzo, no quitan ninguno de sus méritos a Carlos V. En realidad él debió arbitrar desde lejos las tempestades de la conquista, lo cual fue relativamente fácil para Nueva España (México especialmente), pero que fue dramático en lo que concierne al Perú. En México, el emperador fue el jefe indiscutido, desde el momento en que Hernán Cortés fue despojado de su autoridad, con la creación de la primera Audiencia, el 13 de diciembre de 1527, y con el nombramiento del primer virrey, Antonio de Mendoza, en 1529. En Perú, las disensiones entre Pizarro y su compañero Almagro y luego con el hijo de este último, provocan motines sanguinarios entre los españoles desde 1537 hasta 1548. Pero la autoridad de la lejana España se impone, se organiza: Antonio de Mendoza, que ha sido el primer virrey de México, será el primer virrey de Perú, donde su largo gobierno impondrá orden.

No es posible precisar cuál ha sido la parte debida a Carlos V en esta obra "imperial" o en las nuevas leyes de las Indias de 1542. Por otra parte, si bien no hay dudas de que España decide en aquel período su des-



1

tino por muchos siglos por venir, no se debe confundir esta importancia a largo plazo con aquella a corto plazo: Carlos V, a diferencia de los fundadores del imperio americano, no ha tenido la percepción suficiente para edificar un nuevo imperio moderno, el primer imperio colonial de Europa más allá de los mares. "Vuestra Majestad —escribía Cortés a Carlos V—, puede titularse emperador de Nueva España, con no menos derecho y beneficios del que le viene de su título de Emperador de Alemania."

Esta relación entre España y América forzosamente dará nuevas dimensiones al imperio, y queremos decir al grupo de fuerzas que se encarnan en la persona de Carlos V, verdad que será aún más clara bajo el reinado de Felipe II. Y la América nueva ya ha encontrado su papel, en el juego de Carlos V y en las luchas europeas que lo acompañan monótonamente. Precisamente, a fin de huir de los corsarios y piratas franceses, España ha organizado los convoyes de la Carrera de Indias, en el momento en que las cargas de oro y plata americanos, destinadas a los mercaderes y al estado de Castilla, se han convertido en elemento fundamental en la vida económica y política europea.

Si se quisiera a toda costa fijar este momento, nosotros lo situaríamos a partir de 1552, cuando España consiente la exportación de dinero para socorrer a Carlos V después de la fuga de Innsbruck, antes y durante el sitio de Metz. El capitalismo, que ha jugado tan curiosamente en favor de Carlos V, se había apoyado, al comienzo de su reinado, en las minas de los Alpes y de Hungría y sobre la ciudad clave de Ausburgo, donde el papel "imperial" de los Fugger es evidente. Pero, desde antes del final del reinado de Carlos V, los circuitos capitalistas han pasado a depender de los envíos de metales preciosos a Sevilla. Justamente en esta ciudad, y en torno al emperador, se toman las opciones decisivas. La influencia pasa ahora de los Fugger a los banqueros genoveses.

Un balance del reinado de Carlos V

A poco de su abdicación de 1555, aún antes de que se apagara su vida, los contemporáneos no dudaron en expresar juicios categóricos sobre el reinado del emperador. Y a menudo han hablado de fracaso. Según uno de éstos, Carlos V agitó el mundo pero no logró lo que ambicionaba. Para Monluc, que juzga conjuntamente a Francisco I y al emperador, ambos han producido la infelicidad, en Occidente, de un millón de personas, lo cual es posible. "Si Dios hubiera querido que estos dos monarcas llegaran a un entendimiento, bajo ellos la tierra hubiera temblado." Pero no creo que el balance de los historiadores pueda ser tan simple. ¿Qué quiere decir, por otra parte, realizar o fracasar? Toda la actividad de Carlos V, que nosotros hemos tratado de resumir sin insinuar jamás un juicio sobre ella, hace pensar en un largo y difícil partido sobre el tablero del mundo. Entonces es necesario disponer las piezas en las casillas apropiadas, indicar la fuerza respectiva de cada una, ponerlas frente a las piezas movidas por los adversarios —y subrayo los adversarios—, el Cristianísimo y el Turco, el Protestante en cuanto tal, y el príncipe alemán en cuanto tal. De esto se deriva una partida que no sigue para nada las reglas establecidas.

Además, el emperador no pudo nunca dirigir el juego como quería. Tenía que escuchar a sus consejeros, tomar en cuenta el valor de las figuras, de los casilleros, de las tradiciones, del juego del adversario, de las ventajas contradictorias de uno u otro movimiento. Sin querer ser demasiado metafóricos, digamos que él tuvo que elegir entre un viaje u otro, entre un gasto u otro, entre un ataque u otro. En determinados momentos nos es posible hoy, si no reconstruir el tablero vivo y lleno de movimiento sobre el cual la partida no se detiene jamás, al menos recoger el juego del emperador, vale decir, las elecciones que le fueron impuestas.

Precisamente después de la paz de Crépy-en-Lannois (18 de setiembre de 1544), tiene lugar en España, de noviembre a diciem-

AMPLISSIMO HOC APPARATV ET PVLCHRO ORDINE POMPA FVNEBRIS BRVXELLIS A PALATIO AD DIVÆ GVDVLÆ TEMPLM PROCESSIT CVM REX HISPANIARVM PHILIPPVS CAROLO V. ROM. IMP. PARETI MŒSTISSIMVS IVSTA SOLVERET

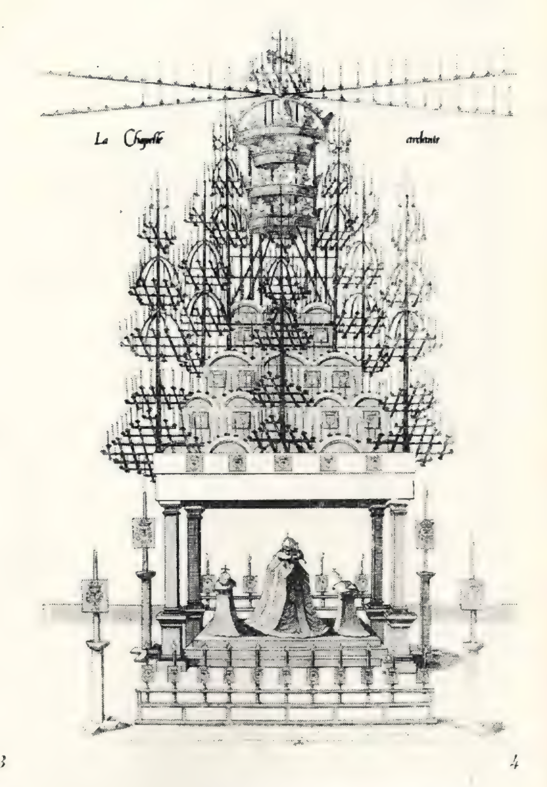


2

Los señores de los consejos de España, y de Italia



3



4

1, 2, 3, 4. Las ceremonias fúnebres en honor de Carlos V en la crónica ilustrada por los pintores Jean y Lucas Van Doetchum (Snark).

bre de 1544, grandes discusiones de las cuales tenemos relaciones particulares. En realidad estas discusiones no son más que un ejercicio político: no tendrán consecuencias serias al no haber conducido a ninguna decisión importante, pero nos pueden hacer comprender la política imperial. ¿El problema? Decidir la alternativa que impone el tratado: o ceder Milán o ceder los Países Bajos; en el primer caso, el duque de Orléans, entonces presunto heredero de la corona de Francia, se habría casado con Ana, hija del emperador Fernando I, y en el segundo con María, hija de Carlos V. En Valladolid las discusiones son vivas y no se llega a una decisión por mayoría. Se enfrentan dos grupos irreductibles que no corresponden a la línea de división de las discusiones y de las simpatías electivas. Los dos jefes principales son esta vez el viejo cardenal de Toledo, Juan Pardo y Tavera, y el joven duque de Alba. Para el cardenal no hay dudas: se debe ceder Milán. Los Países Bajos son un estado hereditario, necesario para poner freno a las ambiciones francesas, en cambio Milán, ocupada por el emperador en 1535 (a la muerte del último Sforza), es un "estado inquieto, poseydo sin muy justo título". "Causa de todos los males y discordias de la christiandad", no ocasiona a España otra cosa que gastos y guerras. Dejar por lo tanto Milán y poner freno a la política italiana que, desde hace demasiado tiempo, es la del emperador. Sin Milán Carlos V no controla el camino de acceso, a través de los Alpes, a Alemania y a los Países Bajos y se ve obligado a usar la ruta del Atlántico, llena de dificultades. Perder Milán significa también perder Génova, punto esencial para conservar Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Por eso la solución del emperador es ceder los Países Bajos y mantener firmemente Milán, y aún engrandecer esta importante plazafuerte hacia el Piamonte. Tal vez en los argumentos del cardenal de Toledo se encuentre, según el pensamiento de Federico Chabod, el admirable historiador cuya exposición he seguido paso a paso, la confirmación de la vieja política de Isabel la Católica: desconfiar de Italia, empeñarse en cambio sobre la costa berberisca, en África del norte, que se une a la península ibérica. Acaso el mismo cardenal no había dicho, quince años antes: "Esto (África) es lo que ha de durar y quedar a sus succesores (a los sucesores de Carlos V) y lo de al lado (Italia) es gloria transitoria y de ayre".

Todas estas discusiones, repito, no tuvieron consecuencias prácticas. Cuando se estaba por decidir, imprevistamente murió el joven duque de Orléans, el 9 de setiembre de 1545. Pero éste y otros incidentes arrojan una luz insustituible sobre todo el reinado de Carlos V: es necesario



ver el conjunto de sus estados como una permanente coalición de fuerzas y de intereses a menudo divergentes. España dirige esfuerzos, sueños, proyectos contra el África berberisca; Italia, española y no española, teme al Turco y a sus ejércitos invencibles. Los Países Bajos piensan en la paz traficada gracias a la cual viven y especialmente en Francia para la cual desean firmar treguas que les permitan intercambios pacíficos y las pesca en los mares del norte; Alemania busca un equilibrio imposible en sus discordias religiosas.

El emperador personalmente, en sus ideas más secretas y en su acción concreta, no está nunca prisionero de estas fuerzas vivas. Pero a cada momento tiene que adaptarse, ceder a una y excluir la otra. Si duda, la elección se hace por sí misma: así, en 1552 pierde Alemania, renunciando luego lúcidamente a ella; en 1553 tiene para sí Inglaterra . . .

De tales avanzadas y retiradas no podremos dar un juicio inmediatamente, se necesita una cierta distancia. La política es como la tela de Penélope, que nunca está terminada. Teniendo que hacer un balance, diremos que, a pesar de sus esfuerzos, Carlos V perdió a medias contra los turcos en el Mediterráneo; contra Francia no perdió ni ganó, esta nación queda independiente en el corazón mismo de las posesiones del emperador, a las que separa interponiéndose en su masa. En Inglaterra consiguió un éxito falso, como resultará en setiembre de 1558 a la muerte de María Tudor; en Italia logró una victoria completa, así como en los Países Bajos (arrebatados por él a la jurisdicción del imperio en 1548), al menos aparentemente; ha liquidado el embrollo alemán en lo que se refiere al futuro de sus empresas, es decir, a la herencia de Felipe II; y finalmente ha triunfado en América sin darse demasiada cuenta sin embargo, y probablemente sin haber intervenido demasiado.

Pero quizá estas consideraciones no son del todo exactas. Tal vez es necesario, para juzgar de manera justa la obra de Carlos V, ir más allá de la época de su muerte y recorrer del todo o en parte cada etapa del reinado de su hijo Felipe II (1555-1598): Francia se deshace frente al poderío español en 1599; los Países Bajos que se sublevan en 1556-1572 y se convertirán en el cáncer incurable del "imperio" de Felipe II; la retirada de los turcos en el Mediterráneo (Lepanto, 1571); la lejanía persistente de Alemania (será necesario esperar, para lograr la unión de los Habsburgo de Viena y de España, el comienzo de la Guerra de los Treinta Años en 1618); el triunfo acentuado, en todo el reinado de Felipe II, de América con sus minas de plata, que levanta materialmente al reino y lo coloca por encima de todas las potencias del mundo: aún en China el rey católico es el

1

"rey de plata"... El imperio de Felipe II, cumpliendo la evolución de los últimos años del reinado de Carlos V, es en efecto un imperio atlántico, cuya suerte está ligada a un destino marítimo sobre el cual aparecen las primeras sombras en 1588, el año de la Armada Invencible...
Los historiadores no han resistido al deseo de dar consejos útiles a Felipe II: Carlos Pereyra hubiera querido el puro y simple abandono de los Países Bajos, para no pelear así tan lejos de España; Gounon Loubens hubiera instalado la capital en Lisboa, de la cual el Rey Católico llegó a ser patrón en 1580; nosotros mismos diremos con ganas: muerte al conde-duque de Olivares, que desde 1621 hasta 1640 arroja las fuerzas españolas en el Mediterráneo y en Europa y no llega a ver más allá del océano. Pero la historia no puede rehacerse. Un solo hecho es indiscutible: el "imperio" de Carlos V ha sobrevivido a sí mismo transformándose y corriéndose hacia occidente y hacia la inmensidad del Atlántico. Felipe II tenía a su disposición medios que faltaron al padre. Pero no ha tenido el prestigioso título de emperador...

Quién era Carlos V

Como el lector habrá notado, durante este largo resumen la historia de Carlos V ha ido más allá de los límites del propio personaje. Éste se pierde en medio de los problemas surgidos y de las peripecias de la vida. Es necesario hacer un esfuerzo para aislarlo del esplendor que lo circunda, no observarlos sino entreverlo, ya que no se trata de uno de esos hombres con los cuales el historiador puede dialogar a fondo. Siendo menos distante que su hijo Felipe II, también él es secreto, misterioso, difícil de alcanzar. Los historiadores han intentado, sin lograrlo sin embargo, delimitar sus pensamientos, su temperamento, su carácter. No hay nada que ofrezca mayores dificultades: demasiados testimonios son sospechosos, demasiados documentos oficiales revelan poco del soberano y han sido redactados con aquella manía de la escritura que es en el siglo XVI como un Renacimiento del pobre. En medio de este papelerío, tanto vale buscar una aguja en un pajar. Están también sus sucesivos retratos, pero ¿son todos auténticos? Y si lo son, ¿son verídicos? La serie va desde el retrato de niño, atribuído a Bernard van Orley, al dramático dibujo de la colección de Arras que representa al emperador al final de su vida (pero ¿es auténtico este retrato perturbador?). Recordaremos los rasgos característicos del rostro, la nariz afilada, la boca abierta y deforme; el prognatismo de los Habsburgo lo ha marcado con violencia y con una mala respiración, complicada con un desarrollo anormal de las amígdalas. El emperador sufrirá de asma. Los retratos juveniles, así como todos los que vienen después, no muestran ya la alegría y el goce de vivir. Aun el retrato del Tiziano, de 1548, da la impresión de una pésima fotografía; pero con esta afirmación aparentemente irreverente, queremos decir solamente que no nos confía más que los otros el ser secreto más allá de la máscara que ha sido impuesta a Carlos V desde su más tierna edad, desde su infancia de huérfano. Ha sido criado por Madame Grande, viuda del Temerario, luego por la tía, Margarita de Austria. Sobre él pesa una grave herencia, en cuya cadena Juana la Loca no es el primero ni el último anillo. Le serán necesarios muchos años para liberarse de sus preceptores, Adriano de Utrecht, el señor de Chiévres (que murió en 1521). Poco después el joven emperador, siguiendo la moda, se deja crecer barba y bigotes.

Una vida triste, austera, los viajes, las tareas interminables, la vida tan dura de los campamentos en aquella época. El emperador puede considerarse un "galeote del poder". Sus distracciones eran la caza, como para todos los hombres de su tiempo, las mujeres, y en esto sin privaciones ("en los placeres venéreos ha sido de una voluntad no templada"), pero como todos los príncipes de su tiempo y con una discreción que los otros nunca tuvieron, las comidas —abundantísimas, como hemos dicho; su fuerte constitución resistió muchos años a las intemperanzas del estómago. "Los reyes se imaginan —observa una vez el mayordomo Quijada—, que su estómago y su organismo son diferentes de los de los otros hombres". Y sabemos que en Yuste renunciará a todo menos a los placeres de la mesa. Tal vez haya existido, en su vida seria y difícil, un período de verdadera felicidad, después de su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, que había llegado antes que él a Sevilla en febrero de 1526. A su vez el emperador llegaba a la ciudad de fiesta con un suntuoso séquito. Pasaron la luna miel en Córdoba, luego en Granada, en la Alhambra. Esta unión, buscada por razones de estado, fue felicísima. Solamente la emperatriz ha recibido las confidencias del taciturno príncipe. Su muerte, en 1539, al nacer su tercer hijo, sumergió al emperador en un dolor que lo acompañó hasta el fin de sus días.

La idea, la meditación de la muerte, una vida religiosa intensificada con el pasar de los años, una capacidad de desapego, estos rasgos aparentemente contradictorios con la vida ostentosa y tumultuosa del dueño del imperio "donde jamás se ponía el sol", explican tal vez la impresión de secreto, de misterio, que se pone de manifiesto con cada intento de acercamiento a Carlos V. Ya que no se trata de una actitud de la vejez, que acompaña a la decisión de retirarse del mundo. Algunos gestos significativos traicionan el dualismo inherente a su personalidad: ¿acaso no

1. Felipe II.

2. Emanuel Filiberto de Saboya, vencedor de San Quintín.

3. La batalla de San Quintín.


2


3



1

1. Carlos V en la batalla de Mühlberg, en la pintura encargada a Tiziano.

ha redactado constantemente durante su vida testamentos y codicilos? ¿Acaso no fue sorprendido alguna vez sobre las piedras de una iglesia, los brazos en cruz, el rostro vuelto hacia la tierra? "En Ingoldstadt, en 1546, uno de sus oficiales lo descubre a medianoche, de frente al Cristo". La música religiosa fue siempre uno de sus refugios preferidos, y su *capella*, que lo seguía a todas partes, era de las mejores de Europa. Finalmente, el proyecto de terminar sus días lejos de los tormentos del mundo comenzó a obsesionarlo temprano, tal vez después de su retorno triunfal de la expedición a Túnez, como él mismo ha confesado al final de su vida. Y frecuentemente, oprimido por un tormento aparente o secreto, elegía el retiro espiritual.

Se ha intentado sondear este secreto. Pero ¿para qué? Sería simplemente absurdo, como han hecho algunos aludiendo a la enfermedad de la madre, ver en ello el signo de un desequilibrio mental, de inquietud. Yo no pienso que su conducta para con la infeliz Juana la Loca haya sido el remordimiento y el tormento de su vida. Nadie sabe nada y nadie sabrá nada, pero no es el remordimiento el que parece haber conducido a Carlos V a Yuste para "despojarse de todo". El desapego, probablemente, y el desapego es sin duda lo que los hombres comprenden con menos facilidad. De todas maneras, cualquiera sea el secreto, nada más lúcido, nada más hermoso que este final voluntario, preparado, aceptado con coraje, simplicidad y grandeza de espíritu.

Bibliografía

De la enorme literatura dedicada a Carlos V recordemos aquí algunas obras de carácter general:

E. Gossart, *Charles-Quint, roi d'Espagne, Suivi d'une étude sur l'apprentissage politique de l'Empereur*, Bruselas, 1910; K. Brandi, *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Persönlichkeit und eines Weltreiches*, Münich, 2ª ed., 1938 (esta obra clásica se completa con un segundo volumen, *Quellen und Erörterungen*, Münich, 1941, que sigue siendo la mejor obra por el estudio crítico de la vida de Carlos V). R. B. Merriman, *The rise of the spanish Empire in the Old World and in the New*, New York, 1918-24, 4 vol. (el III está dedicado a Carlos V); P. Rassow, *Karl V, Der lezte Kaiser des Mittelalters*, Musterschidt Verlag, 1957, es un un compendio de los estudios eruditos del autor y la guía de éstos.

R. Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*, (Austral) Espasa-Calpe.

Algunas obras clásicas de consulta:

Ballesteros, *Historia de España*, t. IV, 1ª parte; E. Lavisse, *Histoire de France*, tomos V. y VI. En ocasión del 400º aniversario de la muerte de Carlos V dos congresos permiten la puesta al día de los estudios: París, 20 de setiembre - 3 de octubre de 1959, *Charles-Quint et son temps*, París, CNRS, 1959; Colonia, 26-29 de octubre de 1958, *arl V. Der Kaiser und seine Zeit*, P, Rassow, F. Schalk, Colonia, 1960. En el primero de estos volúmenes, París, 1959, se encuentra un artículo de R. Menéndez Pidal, "Formación del fundamental pensamiento político de Carlos V" que precisa sus posiciones con respecto a esta cuestión tan fundamental. En el segundo, el brillante artículo de F. Chabod, "Contrastes internos y debates sobre la política general de Carlos V", que he usado largamente.

El fascículo Nº 49 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Hegel

El último filósofo moderno, el primer filósofo contemporáneo



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!

La historia del mundo es una, pero cada generación la ve en forma distinta

Las conquistas de la ciencia y de la técnica; las nuevas teorías, tendencias y enfoques en el campo del pensamiento y de la acción; sus propias experiencias humanas hacen que cada generación se construya una nueva visión del pasado de la humanidad.
Los problemas políticos, sociales, económicos, religiosos, culturales, raciales, que cada generación debe enfrentar no se traducen solamente en una actitud hacia el futuro, sino también en una actitud hacia el pasado: esos problemas de algún modo se proyectan sobre la historia toda de la humanidad.

El panorama de la historia universal que ofrecen

LOS HOMBRES *de la historia*

es el panorama de **la historia universal tal como la ve el mundo contemporáneo**

LOS HOMBRES *de la historia*

cada semana una biografía completa para formar la más moderna y actualizada colección de Historia Universal

Precio de venta

Publicación semanal

m$n 140.- el ejemplar

ARGENTINA: $ 140.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5	PUERTO RICO:
COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90
CUBA:	ESPAÑA:	PANAMA:	VENEZUELA: Bs. 2.50